Tinta de Lápiz

Por

Alfonso Moreno González



El que aprende y aprende y no practica lo que sabe, es como el que ara y ara y no siembra (Platón).

La gente olvidará lo que dijiste, también olvidará lo que hiciste, pero jamás olvidará cómo les hiciste sentir (Maya Angelou).

Dedicado a mis tesoros, mis hijas: Mónica y Sandra, que siempre me dejaron entreabierta la puerta a su mundo. Con todo mi cariño. Os quiero.

INTRODUCCIÓN

¿Qué mundo estamos forjando? 62.000.000 de niñas no tienen acceso a la educación y no pueden ir a la escuela. Lo cierto es que no tenemos que irnos muy lejos para conocer a muchas de ellas. Un poco más abajo hay una.

¿Por qué privamos de formación a ciertas personas? ¿Pensamos que somos superiores o es que tememos que aprendan más que nosotros? ¿Nos da pavor que se den cuenta de quiénes somos en realidad? ¿Por qué no le dedicamos el tiempo necesario para formar a quien es importante en nuestras vidas?

¿Quién no ha escrito a lo largo de su vida un diario o similar? Poca gente no ha plasmado en algún momento de su vida algo que sentía en una hoja de papel, ya sea en prosa o en verso. Poca gente no ha manuscrito un sentir, experiencia o secreto. ¿Por qué lo hacemos? ¿Para qué o quién lo escribimos?, ¿para nosotros mismos o queremos que alguien lo lea? ¿Queremos decirnos algo que, al leerlo después, nos resulte más real o irreal? ¿Lo hacemos a modo de terapia o como válvula de escape? ¿O es porque nos gusta o, simplemente, queremos dejar algo de manifiesto?

Hoy en día utilizamos muchas aplicaciones en las llamadas redes sociales a modo de diario. En el apartado ‘estado’ decimos cómo nos sentimos y, después, a través de fotos, vídeos, frases, o comentarios, dónde estamos, hemos estado o dónde nos gustaría estar. Con ello transmitimos algo parecido a un diario. La diferencia es que todo esto lo gritamos en voz alta, y lo que escribimos en un diario lo susurramos en silencio.

¿Se ha cumplido alguno de tus sueños? ¿Te has preguntado por qué algunos sueños se hacen realidad y otros no? No estamos hablando de ser premiados en la lotería o de tener esto o aquello, estamos hablando de los sueños relacionados a lo que queremos llegar a ser.

Y, por último, ¿qué es la felicidad? Es una palabra con varias acepciones,

¿tal vez muchas sensaciones yuxtapuestas que conforman una sola?

Adéntrate conmigo en esta historia e intentaremos encontrar las respuestas.

LÁPIZ

Lápiz se despertó de un letargo muy, pero que muy, largo. Bostezó de forma prolongada y ruidosa, pero nadie le oyó. Estaba triste, se sentía inútil dentro de aquel portalápices de cartón. Miraba a sus acompañantes que todavía dormían: Boliazul y Bolirojo, y con su pie tocaba a Borra y Sacapuntas, a quienes les encantaba soñar en el fondo.

La habitación estaba en penumbra. La escasa luz entraba por la diminuta ventana, sin marco ni cristales. Apenas se veía el pequeño camastro, ni la silla de mimbre, ni tan siquiera la mesa donde se apoyaba el portalápices. Lápiz iba a bostezar de nuevo cuando, de repente, la puerta se abrió y una niña pequeña entró corriendo como un rayo. Parecía muy contenta y emocionada, sonriendo a lo que tenía entre sus manos: un cuaderno con tapas multicolor.

La niñita se acercó a la mesa, dio un pequeño soplido para que el polvo no ensuciara su tesoro y se sentó en la silla. Después abrió su cuaderno. Tenía todas las hojas en blanco salvo por el pautado azul añil y la línea vertical del margen de un rojo intenso. Y desde su interior se escuchó una voz:

Cuaderno1: ¡Hola pequeña! ¿Cómo estás? Te noto muy contenta. Eso es una buena actitud para aprender.

La niña abrió los ojos de tal forma que parecía que se le iban a salir de las órbitas. Cuaderno1 se esperaba aquella reacción y, tras una ligera pausa, prosiguió: – Te voy a presentar. Mira a tu derecha y verás un portalápices, ahí se encuentran Lápiz, Boliazul, Bolirojo, Borra y Sacapuntas. ¡Saludad chicos!

Todos: ¡Hola, estamos muy contentos de conocerte!

La pequeña no cabía en su asombro. Su boca y sus ojos muy abiertos la delataban.

Cuaderno1: Hoy vamos a empezar con la caligrafía para que, entre otras cosas, aprendas a escribir tu nombre. Después continuaremos con las primeras nociones matemáticas: sumas, restas, divisiones y multiplicaciones. ¿Estás preparada?

Ella asintió enérgicamente.

Cuaderno1: Primero coge a Lápiz y a Sacapuntas, tienes que aprender a sacarle punta a Lápiz. Va a ser tu principal instrumento.

Lápiz: Que ganas tenía de ponerme en acción, ya estaba muy aburrido aquí dentro sin hacer nada de nada.

Cuaderno1: Coge por un extremo a Lápiz e introdúcelo dentro de Sacapuntas. Después, muy suavemente, lo giras para ir descubriendo su punta.

La niña, tras conseguir introducir a Lápiz hasta el fondo del cortante agujero, empezó a girarlo y vio cómo salían las mondas por la ranura de cuchilla afilada. Parecía como si se desplegara una bandera de un país inexistente que se troceaba al precipitarse sobre la mesa.

Lápiz: ¡Ah, qué gustito! Sacapuntas, recuerda que debes intentar no romperme la puntita, que eso duele, y no sabes cuánto.

Sacapuntas: ¡Vale, lo intentaré! Pero para ello dile a la pequeña que pare cuando notes que tienes punta suficiente para escribir.

Lápiz: ¡Para, para pequeña! ¡Para, por favor, antes de que se me rompa la puntita! Y recuerda tirar mis trocitos que se desparraman a la basura; hay que ser limpia y ordenada.

La niña se detuvo y, haciendo caso de la recomendación, arrinconó las virutas en un lado de la mesa.

Cuaderno1: ¡Muy bien! ¡Lo estás haciendo estupendamente! Ahora guarda a Sacapuntas y saca a Borra, por si te hace falta. Coge a Lápiz con tu mano derecha y empieza a escribir las vocales: a, e, i, o y u. No debes apretar muy fuerte.

Lápiz: ¡Eso, eso! Si empiezas rompiéndome muchas puntitas me acabaré pronto. Cógeme con suavidad y aprieta contra Cuaderno1, pero solo lo suficiente.

La niña cogió fuertemente a Lápiz con sus deditos; todavía no tenía destreza suficiente y necesitaba de consejos.

Lápiz: ¡Cógeme más suave; que no me voy a escapar! Te lo aseguro.

Cuaderno1: ¡Vamos, vamos! No será para tanto Lápiz, siempre te quejas la primera vez que te cogen para escribir. Recuerda que le estamos enseñando. Ya verás como después te acabará gustando.

Lápiz: ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! Solo intentaba instruirla para que no se le entumecieran los dedos por tanta presión y después le dolieran.

Cuaderno1: ¡Basta de cháchara! ¡Vamos, tú puedes! No escribas en el centro de la hoja. Debes empezar en el primer renglón de arriba y de izquierda a derecha, a partir del margen marcado en rojo. ¡Así, muy bien! Trata de no salirte ni por arriba ni por debajo de los renglones marcados. Ya sé que parece difícil al principio, pero poco a poco irás haciéndolo mejor.

La niña siguió sus directrices agarrando a Lápiz cada vez más suave y con mayor destreza. Su lengua asomaba por el lado izquierdo de su boca, como si intentara escribir con ella en el aire las mismas letras. Escribió unas hojas con las vocales, y prosiguieron con palabras sueltas para enseñarle las consonantes: mama, papa, casa, paloma... Después algunas frases sencillas: ‘mi mama me ama’, ‘la casa es bonita’, y tras rellenar varias páginas, tocaba escribir su nombre.

Cuaderno1: ¡Perfecto! ¡Eres muy buena alumna! Te has ganado el premio de poder ver tu nombre escrito por ti misma. Ahora coge a Boliazul y Bolirojo. Tienes que quitarles la capucha que tienen. ¿Las ves? Empieza por Boliazul.

La niña cogió los dos bolígrafos y destapó al de color azul.

Boliazul: ¡Por fin me siento libre! ¡Vas a ver de lo que soy capaz! Además, a mí no tienes que sacarme punta como a Lápiz; mientras que la tinta me dure escribiré y escribiré sin descanso. ¡No me mires tanto la puntita y ponme en acción! ¡Verás con qué suavidad me deslizo!

Cuaderno1: Después de esta pequeña introducción, vamos a ello. Ciérrame e intenta poner tu nombre en mi portada con Boliazul en la parte central para que se vea bien, después destapas a Bolirojo y lo subrayas haciendo una línea justo debajo de él.

La niña siguió sus indicaciones y, sin dejar de mover su lengua, escribió su bonito nombre y lo subrayó muy despacio.

Boliazul: ¡Soy el héroe, como siempre! ¡Mira de lo que he sido capaz!

La niña leyó y releyó su nombre escrito y se le cayeron varias lágrimas que se precipitaron contra Cuaderno1.

Cuaderno1: ¡Ya he sido bautizado!

Todos: ¡Enhorabuena pequeña!

Lápiz: ¡Eres una niña muy privilegiada al ver tu nombre escrito con tus propias manos! Existen muchas otras en el mundo que nunca verán el suyo porque no saben leer ni escribir. Siempre son otros los que lo escriben en su nombre, a veces en contra de su voluntad.

Cuaderno1: ¡Vamos, vamos! Prosigamos, que la clase todavía no ha terminado y tenemos que aprovechar la luz del día. Seguiremos con los números desde el 0 al 9. Sigue utilizando a Lápiz, pero antes sácale algo de punta porque la tiene muy gastada.

La niña le hizo caso sin rechistar. Se le daba bien escribir los números; era muy aplicada. Primero los de una cifra y después los de dos.

Lápiz: ¡Estoy exhausto! Esto de las matemáticas es muy tedioso y

aburrido; a mí lo que me gusta más es escribir bonitas palabras, grandes relatos y, sobre todo, dibujar. Los números son un rollo.

Cuaderno1: Siempre te pasa lo mismo. Te recuerdo que, gracias a los números, la sociedad ha llegado a donde ha llegado a nivel técnico y científico. Tanto las letras como los números son importantes para poder desenvolverse en este exigente mundo.

Lápiz: Ya lo sé, ¡no soy tonto! Pero no es nada gratificante.

Cuaderno1: ¡No te quejes tanto que la desconcentras! Las matemáticas requieren de la máxima concentración para no cometer errores.

Borra: Para eso estoy yo, para cuando te confundas poder borrar y permitir que los enmiendes. Pero recuerda, solo si escribes con un lápiz podré ayudarte. Si escribes con bolígrafos o rotuladores no sirvo para ese menester. Los que los utilizan lo saben y únicamente pueden hacer tachones; y, claro, se ven por mucho que intenten ocultarlos a los ojos de los demás. ¿Me has entendido?

La pequeña asintió, aunque se quedó pensativa. Poco a poco aprendió las primeras nociones aritméticas hasta que la luz del sol empezó a apagarse. Sus fuerzas también comenzaban a hacerlo. Bostezó ostensiblemente varias veces y su carita se recostó sobre Cuaderno1 a modo de almohada. Éste esbozó una gran sonrisa de satisfacción. Su cometido había terminado con la última de sus páginas. Ya no quedaba ninguna en blanco: todas estaban repletas del saber que le habían transmitido a la dueña de aquella mejilla que ahora dormía sobre él.

El resto también habían cubierto sus expectativas; sobre todo Lápiz. Había hecho realidad lo que aquella mente dibujaba en el aire con su imaginación. Había demostrado que servía para transcribir lo que pasaba por aquel cerebrito ahora dormido en una hoja en blanco.

Lentamente la manita dejó de ejercer presión sobre Lápiz y éste cayó estrepitosamente. Menos mal que fue a caer encima de Borra y amortiguó el golpetazo. Después rodó sin control hasta toparse con Sacapuntas que evitó que se precipitara al suelo desde la mesa.

El sueño de aquella pequeña se contagió a todos. Se sumieron en el mejor de todos con los deberes bien hechos. Lápiz pensó antes de caer rendido: “Qué fácil es hacer feliz a una niña con tan solo enseñarle, entre otras cosas, a escribir su nombre.”

SOLGRIS

Lápiz se despertó, se desperezó y comprobó que la niña ya se había levantado y había hecho su cama, antes de irse de la habitación. Pronto estuvo de vuelta, portando en sus manos una pequeña caja de pinturas y un librito. Era un cuento, su primer cuento. Enseguida lo puso todo sobre la mesa y se sentó en la silla.

Tuprimercuento: ¡Hola pequeña lectora! ¿Ya sabes leer?

La niña, que ya no se sorprendía de que aquellos objetos le hablaran, asintió.

Tuprimercuento: Yo soy Tuprimercuento. Espero gustarte, a tu padre le he agradado y por eso me ha escogido para ser tu regalo. Ah, y también a ella: se llama Cajapinturas. ¡Venga, no seas tímida y saluda a tu nueva dueña y amiguita!

Cajapinturas: ¡Hola! Espero que te guste colorear con mis pinturas. Tengo de casi todos los colores, poseo un verdadero arcoíris. ¿Te gustan los arcoíris? Imagino que habrás visto alguno, ¿no? Ya veo por tu expresión que te deben de gustar muchísimo.

Tuprimercuento: ¡Vamos allá! Voy a adentrarte en el mundo de los cuentos. Cuando empieces a leernos te entrará un gusanillo en la tripita con ganas de engullirnos uno tras otro. Espero que así sea y el hambre no se te sacie en toda la vida: ¡nunca dejes de leer! Da igual el tipo de cuentos o relatos, lo importante es que te gusten, te apasionen, te enseñen o, simplemente, te diviertan.

Después de escuchar atenta aquel consejo, la niña abrió el cuento y empezó a leerlo:

“Aquella noche la luna se negó a salir. Aunque según correspondía a su ciclo lunar debería estar totalmente llena, esa noche se ocultó a los ojos de los hombres por lo que la oscuridad era total.

Al otear el hombre el cielo buscando a la luna, pudo verificar con gran asombro que tampoco había estrellas. Se frotó los ojos para confirmar que no era un efecto de tenerlos enturbiados o que le estuvieran gastando una broma pesada.

Tras restregárselos una y otra vez durante un buen rato los abrió de nuevo y corroboró que seguía sin poder ver nada de nada. Se preguntó muy preocupado: ‘¿Me habré quedado ciego o es que los astros me han abandonado?’. Empezó a tener mucho frío y encendió una hoguera para calentarse en aquella noche oscura y fría. Las ramas empezaron a arder y comprobó, con gran asombro, que podía percibir el calor de las llamas, oler

el humo y escuchar el chisporroteo del fuego, pero éste debía ser totalmente negro porque tampoco podía verlo.

Lo que le estaba pasando le asustó sobremanera y decidió intentar dormir al calor de las brasas. Se dijo a sí mismo que tras un buen descanso seguro que todo volvería a la normalidad; que quizás tras despertarse se desvanecería aquel mal sueño. Tras unos momentos de reflexión sobre lo que estaba aconteciendo aquella noche, se quedó total y profundamente dormido.

Se levantó antes del alba; tenía impaciencia por enfrentarse a los primeros rayos del sol y comprobar que sus pupilas podían verlos. Pero aquella mañana tampoco eran como cualquier mañana: ¡eran grises! Grises y no anaranjados como en todos los amaneceres que habían inundado su despertar hasta ese día. Y el sol, cuando mostró su cara al mundo, también era de color gris perla.

El paisaje empezó a dibujarse, pero con esbozos a lápiz y carboncillo. No había ni una pizca de color. Era como uno de esos paisajes que aparecen en los cuadernos que se les compran a los niños para colorear. Los trazos delineaban las siluetas de las montañas, las rocas, los prados, los árboles, las flores, los animales, los ríos, el mar, las nubes…, pero solo mostraban su contorno, por dentro estaban vacíos, estaban ausentes de color.

El hombre no cabía en su asombro. ¡Algo tenía que hacer! Debía averiguar qué causaba aquello y descubrir a dónde se habían marchado todos los colores. Y, claro, el único que podía responder a esa pregunta era el que proveía a todo y a todos de ellos: el sol. Se puso a buscar una escalera, la más larga, para poder subir hasta él.

Después de mucho buscar y rebuscar encontró una lo suficientemente larga para su cometido y empezó con la ardua tarea de ascender por ella. Le costó un gran esfuerzo subir aquellos innumerables escalones, pero lo consiguió. Y una vez allí se acercó a la cara triste y grisácea del sol para saludarle:

Hombre: Buenos días, por decir algo, dado que este día de bueno tiene poco.

Solgris: ¡Buenos días! Debes ser muy valiente para atreverte a subir hasta tan alto ¿Qué te trae hasta aquí? El motivo que te ha llevado a hacer tremenda hazaña tiene que ser importante para alejarte tanto de tu entorno. Sabrás del riesgo que corres si la escalera se rompe o se vence y caes al vacío, ¿no?

Hombre: Sí, lo sé. Gracias por preocuparte por mí, pero lo que está pasando no me permite pensar en mi integridad física. Lo que me ha traído hasta aquí es de suma importancia y requiere de toda tu atención: ¡los colores

han desaparecido! Tú eres el que los genera y debes de saber algo sobre el particular.

Solgris: Efectivamente, yo soy el que te provee de todos los colores que conoces y puedes ver, incluso de los que ni siquiera tus ojos alcanzan a comprender, pero he llegado a la conclusión de que no eres merecedor de esos manjares para tu sentido de la vista.

Hombre: ¿Por qué no merezco verlos? ¿Qué he hecho o he dejado de hacer para que me prives de ellos?

Solgris: Desde que naciste te he ofrecido mis colores para que los disfrutes, pero también para que los compartas. En cambio tú no has sido capaz de brindárselos a los que te importan, incluyendo a tu hija. Recuerda lo que has hecho desde que nació: no le has dedicado nada de tu tiempo ni del suyo para enseñarle la naturaleza de los colores; por todo ello he decidido que ya no eres digno de contemplarlos. Sin ese sustento tus ojos se entristecerán y esa tristeza se extenderá por todo tu cuerpo. Esto va de dar y recibir. Si recibes y no das, dejas de recibir, es así de sencillo.

Hombre: Entiendo lo que me estás diciendo, pero debes de comprender que he estado muy ocupado; me he dedicado a trabajar duro para alimentar a mi familia, incluyendo a mi hija. Además, ella debe ganarse su sustento; para ello debe ayudar en los quehaceres diarios. No disponemos de tiempo para otras cosas menos importantes como contemplar todos tus colores.

Solgris: Sigues sin entender; no sabes lo afortunado que eres al no ser ciego y contemplar el colorido que te ofrezco. Pero en verdad lo eres, y mucho. Cada color es la suma de las longitudes de onda que rebotan y no son absorbidas. El blanco es la suma de todas las longitudes de ondas visibles, la suma de todos los colores; los refleja todos sin excepción. Por eso es un color fresco, puro y limpio; te da todo lo que le llega sin escatimar nada. En cambio el negro es la resta, es la ausencia de tonos y matices, es el color egoísta porque a todos los absorbe y no deja que se le escape ninguno; los quiere todos para él. Por eso el negro retiene tanto calor, porque todo el que recibe de mis rayos no lo comparte con nada ni nadie.

Hombre: ¿Por qué me explicas todo esto? ¿Qué tiene que ver lo que me has contado sobre la naturaleza de los colores con lo que está pasando?

Solgris: Lo que te he expuesto es una pequeña introducción para que entiendas el fondo de la cuestión. Al igual que hay colores con unas u otras características, también hay personas con dichas particularidades. Por ejemplo, hay personas que son alegres, transparentes y van a las claras; te dan todo lo que tienen. Además, miran por el futuro de los demás, sobre todo el de sus hijos, y entienden que a ciertas edades lo importante es aprender. A

ellas, y solo a ellas, nunca les privaré de lo que yo, y solo yo, soy capaz de ofrecer. Por el contrario, hay otras que son taciturnas, opacas u oscuras. Son personas que no son capaces de brindar nada de lo que reciben a los demás, sobre todo lo que es realmente importante; éstas no merecen regocijarse con mis colores.

Hombre: ¿Me estás dando a entender que soy una persona triste y egoísta?

Solgris: Yo no te doy a entender nada. Lo que intento es que reflexiones sobre lo que has hecho, en lo que te has convertido y, sobre todo, en qué será de tu hija si sigues así, qué futuro le espera. ¿Recuerdas lo que ocurrió la noche pasada? ¿Cómo fue?

Hombre: ¡Oscura, muy oscura, triste y fría!

Solgris: Pues lo que aconteció fue un fiel reflejo de en lo que te has convertido. Si no lo remedias, las noches que te restan serán así.

Hombre: ¿Me estás diciendo que, dado que le privo a mi hija de la posibilidad de conocer los colores, mis días estarán privados de ellos y mis noches seguirán siendo igual de oscuras, tristes y frías?

Solgris: Efectivamente, ése es el castigo que te he impuesto. Piensa en ello. Al igual que has dedicado algo de tu preciado tiempo para subir hasta aquí arriba, incluso arriesgando tu propia vida, busca tiempo para dedicárselo a ella. Y no tengo más que decir. Adiós.

El hombre bajó muy lentamente las escaleras. Mientras lo hacía pensó muy en todo lo que le había dicho Solgris. Después de sopesarlo llegó a la conclusión de que éste tenía razón. Cuando llegó a tierra contempló largamente su castigo: el paisaje seguía desolado y despojado de todo color.

Ya de vuelta a casa se hizo una promesa: '¡No voy a privar a mi hija del deleite que proporciona contemplar y entender los colores que inundan todo! Haré todo lo posible por cambiar y recuperar el tiempo perdido'. Aun así, necesitaba ayuda para que los colores se restituyeran. Si no volvían desde donde estuvieran, no podría enseñárselos a nadie, ni siquiera a su pequeña hija. Entonces sacó la cabeza por la ventana de su casa, contempló el paisaje incoloro y gritó tan fuerte como su garganta le permitió: '¡¿Hay alguien que me ayude a devolver los colores a mi mundo gris y frío?!'

¿Fin?

Tuprimercuento: ¿Qué te ha parecido? ¿Lo has entendido?

La niña asintió, aunque su cara expresaba congoja.

Tuprimercuento: Comprendo tu tristeza, imagino que el final no te ha gustado. Pero, si quieres, puedes hacer que el cuento tenga un final feliz. Te preguntarás qué debes hacer para cambiar el final, ¿te gustaría saberlo?

La amplia sonrisa de la niña decía un sí con mayúsculas.

Tuprimercuento: Lo primero que tienes que hacer es mirar por tu ventana y contemplar los colores que te muestra el paisaje que rodea tu casa. Después, utiliza a Cajapinturas: ábrela y encontrarás todos los colores del arcoíris y alguno más. Si quieres cambiar la historia y que el mundo recobre todo su colorido te animo a que pintes la última de mis páginas, así le devolverás al mundo sus colores perdidos y el hombre podrá enseñárselos a su hija, de la misma forma que tu padre te los ha ofrecido a ti regalándote este cuento y esta caja de pinturas.

La pequeña se subió a la mesa tras apartar cuidadosamente a Tuprimercuento y a Cajapinturas, y observó todos los colores que el sol de aquella mañana le regalaba. Después de observarlos durante un buen rato, intentando retenerlos todos en su retina, se bajó muy despacio de la mesa y volvió a sentarse.

Cajapinturas: ¡Venga, ábreme y te enseñaré los colores más importantes que tus ojos pueden percibir!

La niña le hizo caso y la abrió.

Cajapinturas: Como puedes ver hay diez colores que van desde el blanco hasta el negro. Además, si te falta algún color en concreto, recuerda que puedes conseguirlo mezclándolos entre ellos. Eso sí: utiliza los colores adecuados para cada cosa; no intentes cambiar el mundo, está bien como está. Ya tendrás tiempo en el futuro de cambiar aquello que no te guste, pero para ello debes aprender mucho todavía.

La pequeña, trazo a trazo, fue devolviendo el colorido a aquel paisaje sin matices. Fue devolviendo la vida y la esperanza a todo lo que veía aquel hombre tras su ventana. Éste se giró hacia la niña y se lo agradeció.

Hombre: Gracias a tu padre, que te regaló éste, tu primer cuento, a la caja de pinturas y a ti, que has coloreado esta última página, tengo una oportunidad para enmendar mis errores pasados. Habéis restituido la alegría en mi corazón al permitir que vuelva a contemplar esas tonalidades que dejé escapar. Ahora, al observar este paisaje pintado por tus manitas, puedo alcanzar a valorar lo que estuve a punto de privar a mi hija. Has hecho posible que este cuento tenga un nuevo final y que éste sea feliz, como deben ser los finales de todos los cuentos. Espero que te ayuden en el aprendizaje de lo que necesitas en la vida, para que tu futuro sea un poco menos incierto. ¡Muchas gracias por devolverle los colores y las esperanzas a mi mundo! ¡Te estaré eternamente

agradecido!

Solgris ya volvía a estar ataviado con su traje de gala, del que nunca debieron despojarle, y al oírle, mostró una gran sonrisa satisfecho por haber conseguido que aquel hombre rectificara a tiempo y se dirigiera hacia el sendero de la cordura.

Ahora sí que sí…… FIN (pero solo de este pequeño cuento)

TINTA MÁGICA

Lápiz hacía tiempo que se sentía abandonado: su niña se había olvidado de él, así como de Borra y Sacapuntas. Los tres languidecían en aquel triste portalápices. Su pequeña solo le usaba para dibujar o esbozar algo de vez en cuando. Aunque ya estaba bastante gastado todavía tenía la mitad de su vida a su disposición, pero a ella le gustaba mucho más leer y escribir que dibujar.

En cambio, Boliazul estaba exultante. Ya estaba en las últimas, pero junto a Bolirojo eran los objetos más codiciados de aquella preciosa chiquilla. Su mente inquieta no dejaba de aprender y los utilizaba con mucha asiduidad.

La habitación seguía casi igual, salvo por la ingente cantidad de libros que lo inundaban todo: encima de la mesa, en su nueva mesita de noche al lado de su cama, e incluso en uno de los rincones de la desconchada habitación. Había libros de todo tipo; el tiempo de los cuentos ya había pasado. La niña se había leído todos los que le habían regalado sus padres y también los amigos de éstos. Además, había encontrado un puesto ambulante donde los vendían a buen precio o le permitían cambiar unos por otros por unas pocas monedas. Su hambre de conocimiento superaba la que podía tener por las chuches o los helados.

Sin embargo, en aquella época, sobre todo devoraba los de novela rosa. Sus hormonas bullían dentro de su cuerpo como si quisieran salir huyendo en estampida. Además, había conocido a un chico al que también le gustaba leer, por lo que se intercambiaban libros, miradas y sonrisas cómplices. El chico había empezado a leer y a escribir mucho antes que ella, pero ella atesoraba muchos más libros. Lo suyo era un vicio insaciable.

De pronto, ella entró en la habitación, se sentó en su cama y abrió lo que intentaba ocultar al mundo. Tenía unas tapas muy duras y parecía disponer de unos broches laterales para poder cerrarlo y proteger lo que allí hubiere: era su Diario.

Cogió a Boliazul que descansaba plácidamente en la mesita y, tras

mordisquear su tapa y mirar al techo durante unos instantes, se puso a escribir intentando tapar sus palabras y pensamientos como si presintiera la existencia de cámaras ocultas o de espías inexistentes. A Lápiz le inundó la curiosidad, afinó su vista y empezó a leer:

Mi Primer Diario

18 de Julio de 2000

Hola querido Diario, estoy muy contenta de empezar a escribir en tus páginas. A partir de ahora serás mi cómplice para plasmar mis ideas, experiencias y pensamientos, que escribiré en tu interior desde mi interior. Espero que sepas guardar nuestros secretos ya que, a partir de ahora, serán tuyos y míos.

Confío en ti como en mí misma para que lo que aquí transcriba no salga de entre tus tapas ni de tus hojas; tan solo se albergará en nuestros corazones. Seremos un equipo para salvaguardar lo que más atesoro, y si cayeras en manos ajenas espero que no hagan mal uso de ti; sería como aprovecharse de alguien indefenso que te abre de par en par su alma. Para intentar evitar que eso pase te buscaré un sitio recóndito y fuera de la vista del que no sabe ver ni juzgar.

El poder leer me ha permitido viajar en el tiempo y en el espacio sin moverme de mi humilde morada. Lo único que conocía antes de engullir todos los libros que han pasado por mis manos era lo que mis sentidos me habían transmitido de mi pequeño y escaso mundo. Pero ahora conozco multitud de lugares asombrosos tanto reales como ficticios. Esos paisajes que se han teletransportado de las mentes a sus páginas a través de palabras y que , tras su lectura, ahora también son parte de mi vida aderezados con mi propia esencia tras transformarlos a como yo los imagino y los sueño. Además, me han permitido fabricar mi propia máquina del tiempo que me ha hecho posible viajar a tiempos pasados y futuros. He podido disfrutar de las aventuras de personajes de ficción o históricos sin pretender cambiar quién soy, aunque tengo que reconocer que tras introducirme en su cuerpo me he transformado un poco en quien quizás quisiera ser mañana. He sido una heroína o he tenido un triste papel secundario, me he convertido en alguien mediocre o en la salvadora del mundo, me he comportado como un médico o una simple enfermera, me he metido en el personaje de un pirata o un bucanero, un soldado o una pacifista, un astronauta o un viajero al pasado, una princesa o una pordiosera, un pez o una sirena, un realista o en quién persigue sus sueños o, simplemente, en una niña de otro sitio y otro tiempo.

También, sin mover un solo músculo, he hecho algo que se me antojaba fuera de mi alcance: he peleado en un combate de boxeo, escalado altas montañas, corrido en los juegos olímpicos, pescado peces espadas, cazado

dinosaurios; me he batido en un duelo, he pilotado coches y motos, aviones y hasta naves siderales, he montado en un unicornio, he volado y surcado los siete mares…

Hay relatos que me han permitido ver, oír, saborear, oler, palpar cosas inimaginables; me han hecho disfrutar y padecer, reír y llorar, querer y odiar, incluso a veces me hacían sentir viva o muerta; he podido susurrar y chillar, elogiar y blasfemar, aplaudir y empequeñecer, perdonar y aprender a pedir perdón.

Las lecturas de todos estos libros me han permitido percibir emociones y sentimientos de forma totalmente distinta a la que yo ya conocía, y me han hecho descubrir y apreciar otros que yo nunca había sentido. Me han enseñado lo que significa la palabra amor y la pasión con la que otros, al encontrarlo, lo disfrutaron o rechazaron. Es esa sensación que todos deseamos que pase alguna vez por la puerta de nuestra existencia y a veces, solo a veces, no conseguimos ver. En mi caso la atrapé sin pensar cuando pasó por la mía hace relativamente poco, y conseguí que mi propia historia, la que ahora estoy viviendo, sea mucho más excitante.

El saber escribir me permite plasmar mi propio tiempo y espacio, mis aventuras y desventuras, las de las personas de mi entorno o de otras que solo existen en mi imaginación. También puedo narrar lo que siento en primera persona. Y es aquí, en éste mi primer diario, donde quiero que quede suscrito, aunque tan solo sea para mí. Con ello en el futuro podré saber qué sentía en este preciso momento; podré revivirlo releyendo lo que estoy escribiendo en este efímero instante y podré recuperarlo cuando y cuantas veces quiera.

Y si alguien lo leyera cuando yo ya no esté, podrá conocerme por dentro más que por fuera. Mi exterior se ve y la gente intenta escudriñar lo que yo puedo sentir. En cambio, con este diario ciertas personas podrán conocer de primera mano lo que hay en mi mente y en mi todavía inexperto corazón. Quien encuentre este diario no solo podrá leer las líneas que están manuscritas sino también la multitud de otras líneas que hay entre ellas, ésas que solo aparecen totalmente nítidas a quien me quiera bien.

No tendrá acceso a ellas quien no cumpla estos requisitos, y tan solo podrá ver lo que aparece con tinta azul. Quien en cambio tenga el honor de leer las que no se ven podrá distinguir una infinidad de palabras escritas con una tinta mágica que muestra frases inconexas al principio y que, tras cerrar los ojos, abrir la mente y mostrar receptivo su corazón, cobrarán todo su sentido.

Por eso le digo al que lea esto que, cuando yo no esté aquí para explicarle lo que quise decir con esto o con aquello, lea despacio cada línea y párrafo que aquí plasmé y, después, cierre los ojos muy fuerte y abra su alma;

entonces yo me acercaré desde donde me encuentre y le susurraré, en un idioma que solo él entenderá, todo lo que quise transmitir. Se lo diré sin usar ni una sola palabra ni frase; se lo haré saber con esa misma tinta mágica con la que lo escribí en su día, que es nítida e indeleble. Le relataré lo que no se puede narrar, ni expresar con nuestro lenguaje verbal o no verbal. Porque nuestro idioma, aun siendo tan rico, muchas veces no nos permite explicar lo que sentimos con palabras.

PREMISAS

Lápiz estaba muy viejito y languidecía sin remisión, al igual que sus amigos Borra, Sacapuntas y Bolirojo. A Boliazul hacía muchísimo tiempo que no le veía. En cambio, había visto pasar por aquel portalápices muchos y variados bolígrafos azules. Entre él y sus amigos había una pequeña tela de araña que se asemejaba a un pequeño trozo de velo de novia. Estaba claro que hacía mucho tiempo que no habían cambiado de posición y nadie los había tocado ni usado. Se sentía inservible y olvidado, y se preguntaba: '¿Por qué no se deshace de nosotros? ¿Por qué nos conserva en este portalápices? ¿Será que ya se ha olvidado totalmente de nosotros y no se acuerda ni siquiera de tirarnos?'.

Mientras seguía engullido en sus divagaciones entró ella; ya era toda una mujer. Vestía muy elegante, con un traje azul marino de falda ceñida, camisa blanca y tacones negros. Tenía el pelo a media melena y la cara algo maquillada, haciéndola más atractiva si cabe. También tenía pintadas las uñas, y al fijarse en sus dedos fue cuando Lápiz se dio cuenta del anillo que llevaba, parecía de compromiso. Como si ella hubiese escuchado sus pensamientos, justo entonces se acercó el anillo a sus labios y lo beso con fervor. Después dejó un periódico en la mesa abierto por la sección de cultura y salió rápidamente. Parecía como si le invitara a leerlo. Tras repasar los titulares rápidamente, la vista de Lápiz recayó en un pequeño artículo al final de la página; se titulaba: "Enseñar a aprender, aprender a enseñar", y decía así:

Hay muchas niñas en este desigual mundo que no tienen acceso a la educación. Reconozco que lo más importante es que no haya hambre en el mundo, pero la educación es parte de la solución, sin duda.

Cuando pienso en ello se me retuercen los intestinos, hasta provocarme unos nudos que me generan un dolor insoportable. No es físico, es un dolor que se me forja donde los cirujanos no tienen acceso. Este sufrimiento se amplifica al comprobar, mire donde mire, cómo un pequeño número de personas se bañan en oro y hasta se lo comen. Suelen ser hombres en su gran

mayoría, ¡¡cómo no!! Tienen tanto de todo que no se les ocurre qué más comprar, en qué gastarlo o a qué dedicarlo. Y a tan solo unos kilómetros hay una multitud que carecen de todo. ¡Qué paradoja!

Y para más inri, algunas de estas personas que tienen todo lo que desean y, peor aún, lo que ya no desean, alardean jocosamente de haber estudiado en las mejores universidades. Lo increíble es que, si se jactan de tener tanta educación, ¿por qué no la comparten? Creo que la respuesta está clara, ¿no?

Si lo primero que te inculcan desde que eres apenas un niño es el compartir, entonces ¿es que no educan debidamente en esas universidades donde aparentemente se educa?, ¿Es que maleducan a propósito? ¿Qué es lo que enseñan en esos templos de sabiduría?: ¿A tener más y más, y a compartir menos y menos? ¡Qué sinrazón!

Desde que me dieron la oportunidad de aprender lo hice con ahínco y no la desperdicié. Aproveché las becas que conseguí para llegar a ser lo que quería ser: periodista, mi gran sueño desde que tuve uso de razón. Y éste es mi primer artículo, un artículo que nunca olvidaré y espero que a ti, que lo estás leyendo ahora mismo, te haga sentir lo mismo que yo siento al escribirlo: una mezcla de nostalgia, pena, rabia y desesperanza. ¡Hay que gritarlo a los cuatro vientos!

Para despedirme quiero que sepas que además de este trabajo también me dedico a escribir cuentos, que quizás algún día publique y tú podrás leer y disfrutar con tus hijos. Además, todo ello lo compagino con otra de mis pasiones: educar a niñas de mi barrio de forma desinteresada, solo con la intención de que tengan las mismas oportunidades que yo para conseguir ser lo que sueñan. Pondré todo por mi parte para hacerlo realidad.

Este artículo se lo dedico a Lápiz, el que hizo posible dibujar mis sueños y hacer pequeños esbozos de mi futuro. A Sacapuntas, que permitió que Lápiz siempre tuviera su punta lista. También a Borra, que me permitió corregir mis errores aprendiendo de ellos. Y cómo me podía olvidar de Boliazul que hizo posible ver mi nombre escrito con mi propia mano y a Bolirojo que lo subrayó y realzó.

Tampoco puedo dejar de mencionar a Cuaderno1 que permitió que mi aprendizaje quedara plasmado para nunca olvidarlo. Y por último se lo dedico a Tuprimercuento: Solgris, que me invitó a descubrir el gran hábito de la lectura, y a Cajapinturas, con la que pude colorear mi mundo sin vida y mi futuro totalmente incierto hasta entonces.

Lápiz comprobó que el nombre de su pequeña ya hecha una mujercita figuraba al final del artículo. ¡Lo había conseguido! Había hecho realidad uno de sus sueños: ser periodista y escribir en un periódico. Y lo mejor: se lo había

dedicado a él y a todos los que comenzaron aquella etapa, ahora tan lejana, de aprendizaje.

Lápiz estaba emocionado y contagió esa emoción al resto de sus colegas, justo cuando ella volvió a entrar en la habitación. Portaba unas cajas, unas tijeras, cinta adhesiva y chinchetas multicolores. Se sentó y sacó de las cajas… ¡No se lo podía creer! Eran Cuaderno1, Tuprimercuento, Cajapinturas y también Boliazul, totalmente gastado. ¡No se había deshecho de ellos! Después extrajo un paquete que, al desenvolverlo, reveló una especie de portafotos y vitrina a la vez, con el fondo de corcho.

Comenzó recortando el artículo con sumo cuidado y lo clavó con cuatro chinchetas en su interior. Era la primera vez que aparecía su nombre publicado y Lápiz estaba seguro de que no sería la última. Hizo lo mismo con Cuaderno1 y, con cinta adhesiva, tras quitarles el polvo y la tela de araña, pegó, a modo de collage, a todos los que comenzaron su andadura con ella, no sin antes obsequiarles con un besito cariñoso a cada uno. Cerró la vitrina con sumo cuidado y el cristal de ésta empezó a empañarse, como si empezara a chispear desde las nubes que nublaban sus ojos.

Después volvió a envolver todo y ubicó el paquete al fondo de una de las cajas donde también metió el resto de sus pertenencias. Parecía que se mudaban. Lápiz se dijo que seguro se mudarían a un bonito sitio donde encontrarían la felicidad juntos. Los anhelos de su dueña estaban empezando a hacerse realidad. Sus sueños habían dejado de serlo cuando se le despertó la curiosidad y el afán por aprender desde el primer día. Y ahora seguirían concretándose ya que nunca había dejado de creer en ellos y, sobre todo, en ella misma. Y los sueños se hacen realidad cumpliendo esas sencillas premisas.

30 CENTÍMETROS (I)

Lápiz se sentía encorsetado con aquella cinta adhesiva que le obligaba a estar en aquella vitrina, pero era muy feliz al verla tan a menudo. La mujer pasaba asiduamente por aquella habitación decorada a modo de estudio y biblioteca a la vez. Había varias estanterías de madera de haya natural, repletas de libros. También disponía de una gran mesa a juego con la estantería donde se encontraba su ordenador portátil, muchos papeles, libros abiertos y, como no podía ser de otra forma, un portalápices de porcelana blanca atiborrado de bolígrafos, rotuladores variados y dos plumas.

Una mañana la mujer entró seguida de su hija de cinco años, como si fuera

un patito detrás de su mamá pata. Se le parecía muchísimo, sobre todo en la mirada astuta y sus ganas de descubrirlo todo. Tras unos momentos de titubeos eligió un cuento y se sentaron juntas al escritorio. No tardó mucho en sonar el timbre de la puerta. La madre dejó a su hija con el cuento y salió de la habitación como una exhalación y portando una sonrisa de oreja a oreja.

Al rato volvió exultante con un paquete que abrió como si fuera una niña en la mañana del día de Reyes. Los nervios eran tales que casi le impedían abrirlo: hizo mil pedazos el envoltorio utilizando las manos e incluso los dientes para quitar la cinta adhesiva. Por fin sacó lo que contenía: un libro de tamaño mediano con una portada ilustrada en la que podían verse a cinco perritos de diversas razas con caras muy simpáticas. Puso a su hija en su regazo para que lo pudiera ver y tocar. Le decía que aquel cuento lo había escrito para ella. Era la historia que había decidido contar al mundo para que los niños y niñas que lo leyeran pudieran ser un poco más felices tras su lectura. Su título era “30 centímetros”, y en la primera página aparecía con letras grandes: “Dedicado a mi princesa, con todo mi cariño y amor. Te quiero. Un beso”.

Tras leer la dedicatoria se miraron y se dieron un sonoro beso. Después pasaron a la siguiente página, donde aparecían de nuevo aquellos perritos con sus cariñosas expresiones y ojos sonrientes, como si realmente estuvieran observándolas desde el otro lado, desde su mundo. Cogió la mano de su hija para que los acariciara uno a uno con sus deditos, antes de empezar a leer:

CAPÍTULO 1

Fénix, un Australian Terrier de pelo castaño y ojos vivaces, hacía bastante tiempo que se había escapado de su hogar y desde entonces no había vuelto a ver a sus amos. Los tenía acostumbrados a desaparecer de vez en cuando para campar a sus anchas en busca de aventuras, pero un día huyó para siempre. Estaba harto de que le dejaran solo en aquel pequeño apartamento durante horas y horas interminables para después consolarle con breves caricias, como si con eso pretendieran redimirse de todo.

No les echaba nada en cara; sus amos, una pareja joven, salían temprano a trabajar y volvían por la tarde o por la noche. Le sacaban por la mañana, hiciera frío, lloviera o nevara, para que hiciera sus necesidades siempre con prisas, y a última hora del día, el primero que llegaba, lo sacaba de nuevo a pasear un rato. Siempre pensaba: si de verdad querían tener una mascota para que les hiciera compañía y no tenían tiempo para dedicárselo, ¿por qué no habían elegido un gato, un loro o una tortuga? Él necesitaba de su compañía, necesitaba salir, correr, jugar... Su temperamento, además, no le permitía estar quieto ni apresado.

Todavía recordaba con gran regocijo el día que conoció a Mati, de la que no se había separado desde entonces. Cuando apareció ante él estaba totalmente cubierta de barro, lo que le impedía ver su sedoso pelaje blanco de Bichón Maltés de pura raza. El lazo rosa que llevaba en la cabeza también había perdido su color. Pero lo que más le llamó la atención era el vestido que le oprimía; era una especie de corsé también rosáceo y con encajes blanquecinos. Según le contó más tarde se había rebozado en un lodazal para no ser reconocida. No quería volver nunca con su remilgada dueña. Mati había sido criada por una solterona, una dama de alta cuna sin hijos. Desde que recordaba la había tratado como si fuera una niña, su hija, incluso tenía una habitación para ella sola y su propio armario para su ropa. Desde que tuvo conciencia intentó decirle de mil maneras que ella era una perra, hasta que se cansó de no ser escuchada y también se fugó.

A su lado caminaba Dogui, un Border Terrier que se había escapado en un descuido durante su traslado a la perrera por indicación de sus amos. Según había oído podía quedarse allí para siempre si no aparecía ninguna familia que lo quisiera, o ser elegido por alguna familia a la que él no escogería ni por asomo. Se sentía muy dolido porque no entendía del todo a sus amos. Nunca les había causado ningún problema y ellos también habían sido muy buenos con él. Un día los oyó hablando de la crisis y de que tenían que reducir gastos, y entonces decidieron que no podían ocuparse de él. Todavía llevaba el collar que le regalaron y se prometía una y otra vez que no se desharía nunca de él.

El cuarteto lo completaba Bundo, un Mestizo de pelo parduzco muy corto. Había sido el perro de compañía de un viejo vagabundo, hasta que éste murió. Era el que estaba acostumbrado a vivir en la calle y les enseñó al resto a subsistir de la comida de los cubos de basura, a cazar algún que otro roedor, a buscar agua y un cobijo adecuado. Junto a él, los cuatro encontraron su residencia actual: una antigua zona industrial con naves desocupadas desde hacía mucho tiempo. Para ellos aquellas maltrechas edificaciones eran su hogar, les permitían guarecerse del tiempo intempestivo e incluso estaban muy cerca de varios restaurantes que les proveían de la alimentación necesaria. Cada uno disponía de su habitación para descansar, tener intimidad y guardar sus escasas pertenencias.

Fénix y Mati hacían una pareja maravillosa, y estaban a la espera de tener descendencia. Cuando Mati se lo confirmó les hizo muy feliz a todos, sobre todo al padre. Lo estaba deseando hacía mucho. Los cuatro eran más que amigos; cada uno admitía a los otros con sus defectos y sus virtudes. Todos tenían pasados distintos pero su futuro se hizo común desde que se habían conocido. No sabían si sus caminos seguirían coincidiendo o no, pero lo cierto era que en aquel momento recorrían el mismo y no pensaban mucho

más allá.

Bundo: Fénix cuéntanos lo que ocurrió el día que conociste a Mati.

Mati: ¡Si ya os lo ha contado cientos de veces! ¿No podemos hablar de otra cosa? –gruñó al decirlo.

Dogui: Por favor Fénix, cuéntanoslo una vez más, que nos encanta.

Fénix: Está bien, está bien. Pero será la última ¿De acuerdo?

Bundo y Dogui: ¡Vale, vale! – exclamaron moviendo la cola.

Fénix: Como ya os he contado tantas veces Mati apareció rebozada en barro con su lacito rosa y su prieto corsé de encaje. Debido a que su dieta en los últimos días no había sido la que estaba acostumbrada, había ganado unos kilos y le oprimía de tal forma que no podía ni respirar. Ella se mostró reticente al principio, dado que no me conocía, pero mis encantos la embriagaron, rogándome con un hilo de voz que le quitara aquello.

Mati: No te pases, ni te la des de gigoló. En aquel momento me faltaba el aire y tenía la vista y la mente nublada. O sea que cíñete a los hechos.

Eso era lo que menos le gustaba de Fénix, su soberbia y egocentrismo, pero por lo demás era adorable a sus ojos. Por su parte Bundo y Dogui se rieron a carcajadas. Siempre ocurría lo mismo al empezar la narración.

Fénix: ¡Vale, cariño! Como decía, vio en mí una tabla de salvación porque aquel corsé de veras no le permitía respirar y jadeaba ostensiblemente. Incluso yo me asusté, su vida podía estar en peligro. Cuando intenté quitárselo no encontraba los corchetes por culpa del barrizal que llevaba encima; entonces nos dirigimos rápidamente a unos charcos formados por la lluvia de aquella mañana. Le ayudé a lavarse lo suficiente hasta descubrir cómo quitarle aquel engendro, pero no me fue fácil desabrochárselo. Tenéis que entenderme, yo no estaba acostumbrado a quitarles la ropa a las damas – Bundo y Dogui seguían riéndose a mandíbula batiente, y a Mati, le disgustaba que se rieran a su costa.

Mati: ¡Vale ya de risas! – y dirigiéndose a Fénix con una mirada recriminatoria le espetó: – ¡Cíñete a los hechos por favor!

Fénix: Vale cariño, lo intentaré. –Y tras tragar saliva prosiguió: – A cada intento Mati gruñía, dado que la arañaba con mis pezuñas. Como no pude, tras varios intentos, procedí a rasgar la tela con mis caninos. En una de las dentelladas le produje una herida bastante profunda y dio un aullido que todavía retumba en mis tímpanos, pero no se movió ni un milímetro. Además de valiente sabía que si se movía los daños podían ser mayores, e incluso harían que el proceso de quitarle aquella prenda de tortura se alargara –. Mirando de soslayo a Mati y con una sonrisa seductora dijo: –Aquella cicatriz

todavía perdura y todavía la busco y la admiro, quitándole el pelaje que la cubre. Es la cicatriz más bonita del mundo, me hace recordar cuándo, cómo y de quién me enamoré hasta las trancas – ahora consiguió una amplia sonrisa de ella. Se miraron con expresión cómplice, mientras él le guiñaba un ojo. – Tras varios mordiscos pude rasgar la tela lo suficiente para poder atrapar con mis incisivos uno de los jirones y poder tirar para que aquella prenda endemoniada empezara a desprenderse de su cuerpo.

Mati: Exacto, pasó más o menos así. Y en cuanto me liberó de lo único que me unía a mi queridísima dueña, salí corriendo.

Félix: Exacto, pero si podías ir a donde quisieras, entonces ¿por qué volviste a mis brazos? –. Ésta era la parte que más le gustaba a Bundo y Dogui. – Podías haber elegido miles de caminos, en cambio caíste rendida a mis pies, mejor dicho, patas.

Mati: Ya te lo he dicho cientos de veces. Lo primero que sentí tras quitarme aquello fue una sensación de libertad que me hizo correr sin mirar atrás. Después, cuando me cansé, me sentí sucia, con el pelo apelmazado producto del barro y de aquel asqueroso corsé. Entonces busqué un charco donde el agua estuviera lo más limpia posible y me di un largo baño. Mientras me secaba pensé que había sido muy desagradecida contigo. Como dicen los humanos desde sus alturas: "Es de bien nacido ser agradecido". Yo, aunque solo mido unos 30 centímetros, me siento a su mismo nivel y por eso volví para darte las gracias. Me habías librado de lo que me oprimía e incluso, por qué no decirlo, me salvaste la vida. Es algo que nunca olvidaré mientras viva. Aquella prenda parecía como si encogiera con el tiempo y además representaba mi nexo de unión con lo que fui y no quería volver a ser nunca más. Me sentía en deuda contigo y por eso decidí volver, nada más y nada menos.

Félix: Sigues sin reconocer los sentimientos de amor que tenías por mí desde que me viste. Podías haber vuelto para darme las gracias, decirme que estabas en deuda conmigo y segur tu camino. Pero lo cierto es que desde entonces no te has separado de mí ni un solo momento; y ahora, además, vamos a tener descendencia en común – acarició con su pata a Mati con ternura y le lamió la cicatriz.

Mati: Cómo te gusta dártelas delante de tus amigotes, pero quiero que sepas que me encandilaste con tus virtudes, pero me enamoré de ti por tus defectos. Me quedé contigo al principio por gratitud, pero al irte conociendo me fui encariñando de ti y ya no pude despegarme de tu lado.

Dogui: Una pregunta, si te deshiciste del corsé, ¿por qué no hiciste lo mismo con el lazo que todavía mantienes en tu cabeza?

Mati: La verdad es que no lo sé con certeza. Quizás es para decirme a mí misma que es imposible deshacernos de nuestro pasado, aunque intentemos deshacernos de los lazos que nos unen a él. En el fondo de mi corazón imagino que habrá algo de gratitud hacia quien me crio, y cuando veo el lazo reflejado en algún escaparate o un charco me acuerdo de ella. Muchas veces me pregunto si me habrá sustituido por otra perrita; si se habrá olvidado ya de mí y tan solo fui un juguete reemplazable para ella.

**

La pequeña miró a su madre con una gran sonrisa y con cara de mucho sueño. Por ello decidieron dejar el cuento para otro momento.

30 CENTÍMETROS (II)

Aquella tarde ella estaba ensimismada escribiendo en su portátil; Lápiz pensó que estaría con un nuevo relato. De repente su hija entró sonriente, como casi siempre. Se abalanzó sobre ella; se dieron un largo y fuerte abrazo como si hiciera una eternidad que no se veían. La pequeña fue al estante donde estaba el cuento dedicado a ella, lo cogió y se lo ofreció a su madre. Estaba claro que le estaba gustando y se moría de ganas por saber cómo seguía el relato. Así que su madre se puso a leer.

CAPÍTULO 2

El cuarteto estaba dando buena cuenta de las sobras de la comida de uno de los restaurantes cuando en el callejón apareció una silueta de un perro desconocido. Era algo más grande que ellos y se asustaron un poco. La silueta fue mostrando más detalles a medida que se acercaba y les acechaba. Fénix, con su afán protector, se colocó entre aquella figura y Mati. Bundo y Dogui le imitaron y empezaron a gruñir ostensiblemente al que intentaba usurpar su espacio y, lo más importante, su preciada comida.

La silueta cobró vida y mostró una cara bondadosa, era un Labrador Retriever con el pelo castaño brillante y parecía bastante mayor. Tenía en sus ojos una expresión extraña; parecía como si mirara sin ver, y cuando oyó aquellos gruñidos que nada bueno presagiaban dejó de avanzar y con voz grave y suave a la vez dijo:

Guío: Hola, siento entrometerme en vuestro terreno, pero estoy muerto de hambre y sed. Mi nombre es Guío. Tengo un problema en la vista que me hace ver todo muy borroso y me cuesta mucho localizar alimentos y agua. Además,

estoy totalmente perdido. Mi memoria tampoco funciona muy bien: casi todos mis recuerdos se están disipando, sobre todo los recientes. Ahora mismo desconozco de dónde vengo y dónde estoy. No busco enemigos, solo buenos amigos y, aunque parezca un trabalenguas, busco un guía para un perro guía ciego.

Los cuatro se quedaron estupefactos y dejaron de gruñir al unísono. Aquella tarjeta de presentación les había llegado a lo más hondo. Además, la expresión y la forma de hablar de Guío les había cautivado y aliviado de cualquier temor.

Fénix: Hola Guío, yo me llamo Fénix –y señalando al resto los presentó: –éstos son Dogui, Bundo y Mati. Acércate y come cuanto quieras, hay para todos.

Guío se acercó pausadamente, estaba claro que la vejez no le permitía hacer movimientos muy bruscos, y empezó a comer de forma voraz.

Dogui: ¿Qué les ha pasado a tus ojos? ¿A qué distancia puedes ver?

Guío: Imagino que con los años he ido perdiendo la vista, pero en los últimos días ha empeorado drásticamente. A poca distancia distingo más o menos los detalles, pero a lo lejos solo veo sombras.

Bundo: Debes estar totalmente desesperado. Te has acercado y presentado como si no tuvieras nada que perder, aún sin vernos.

Guío: Efectivamente, ya no tengo miedo a nada, ni siquiera a la muerte. Hace tiempo que lo perdí. Al acercarme tuve la impresión de que no erais peligrosos y eso me ha dado las fuerzas para presentarme como lo he hecho. Además, como bien dices, no tengo nada que perder y mucho que ganar. Vivir es un riesgo en sí.

Bundo: Y en cuanto a la memoria, dices que no recuerdas lo más reciente. O sea, que puede que mañana no te acuerdes de nosotros.

Mati: ¡No seas pesado con él! ¡Déjale que coma y recupere las fuerzas! Ya habrá tiempo de cháchara.

Guío la miró con gratitud.

Tras comer y beber cuanto quisieron fueron hacia su hogar. Le buscaron un buen sitio a Guío para que pudiera descansar tranquilo. Estaba claro que se sentía exhausto y además, tras el atracón necesitaba dormir para digerir de forma adecuada.

A la mañana siguiente, Guío se levantó mucho mejor y más animado. Los cinco fueron a buscar algo de comida para el desayuno. Después se acercaron hasta un pequeño riachuelo que no estaba lejos para darse un buen baño.

Pasaron una mañana muy divertida jugando con el agua y para secarse se tumbaron plácidamente al sol de otoño. En ese momento se sentían muy felices, salvo Guío que seguía con expresión melancólica y perdida.

Mati: Guío, cuéntanos ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿A dónde quieres que te guíen y para qué?

Guío: Vale, os contaré parte de mi historia, de lo que me acuerdo. Como ya os he dicho tengo muchas lagunas en mi cerebro. Desde que era pequeño me entrenaron para que fuera un perro guía hasta que me tocó el ensayo general. Aún recuerdo a la chica que me asignaron para hacer las prácticas. Era de mediana edad con el pelo castaño muy largo y rizado. Vivía con su marido y no tenía hijos. Me llevaba a todos los sitios con ella, incluso tuvo que pedir permiso a sus jefes para que yo pudiera estar a su lado. Recuerdo que me recostaba debajo de su mesa de trabajo hasta que ella me indicaba que la siguiera. Después me enseñó cómo y cuándo cruzar las calles, cómo comportarme en los medios de transporte públicos, cómo mantenerme inmutable ante ruidos, personas que se me acercaban, niños que querían jugar conmigo y, lo más difícil, permanecer impasible cuando me cruzaba con otros perros. Para ello, cuando era solo un cachorro me castraron; así, según los humanos, sería más apacible y templado. Tengo que darles la razón porque nada me exalta y me siento el padre de la paciencia.

Dogui: O sea que ¿si te empiezo a ladrar y a gruñir, tú permanecerás inmutable? – en ese momento empezó a ladrarle y a gruñirle en la oreja y, efectivamente, Guío ni se inmutó – ¡Pues es verdad! No sé cómo lo haces, yo sería incapaz de reprimirme de darte una dentellada si me hubieras hecho algo parecido.

Bundo: Dogui, tú con lo inquieto que eres te darías un bocado a ti mismo si oyeras tus ronquidos cuando duermes; menos mal que no te escuchas. A mí a veces me dan ganas de taparte la boca con un bozal.

Todos se rieron, pero Dogui no podía dejarlo estar; se abalanzó contra Bundo y empezaron a pelear como si fueran unos cachorros. Tanto Mati como Fénix ya estaban acostumbrados a sus riñas y no hacían nada para remediarlo; sabían que para ellos era como un juego y que nunca llegaban a mayores. Simplemente les gustaba chincharse el uno al otro. Pero Guío dijo: "si seguís peleando dejaré de contar mi historia" y tras escucharlo se olvidaron ipso facto de la pelea y se acercaron de nuevo para seguir atendiendo.

Guío: ¿Por dónde iba? ¡Ah, ya recuerdo! Después de pasar unos meses con aquella encantadora chica, mi entrenamiento concluyó. Entonces me asignaron a mi nuevo amo y compañero. De hecho, fue el único con el que estuve. Era un chico de mediana edad, ciego de nacimiento y, según me

comentó, yo era el tercer perro guía que tenía. Nos acoplamos perfectamente. Sabía cómo tratarme y yo también le ayudaba en todo lo que estaba a mi alcance. Nos llegamos a querer muchísimo. Era una persona activa y valiente, e íbamos a muchísimos sitios juntos. Conocí gracias a él muchos lugares maravillosos que espero que no se me olviden.

Dogui: ¿Y qué pasó? ¿Por qué os separasteis? Lo digo porque hablas de ello en pasado y sin esperanza de volver a estar juntos.

Bundo: No le interrumpas, imagino que nos lo contará si le dejas. Nunca cambiarás, eres un impaciente. Deberías aprender de él.

Fénix: ¡Ya vale! ¡Dejadlo ya! No podéis estar ni juntos ni separados.

Todos cambiaron su semblante triste por una larga carcajada, disipando algo la atmósfera llena de nostalgia.

Guío: Os sigo contando… No recuerdo ni cuándo ni por qué empecé a perder vista. Lo cierto es que empecé a no ver bien de noche y después tampoco de día, pero no quise admitirlo. Si un perro guía no ve deja de ser útil al no poder ser los ojos de su dueño, y nos queríamos tanto que… Entonces un día, ése que quiero borrar de mi memoria y no lo consigo, ocurrió algo irremediable – cerró los ojos y exclamó: – ¡Qué curiosa y cruel es la vida!

Dogui: ¿Y qué pasó ese día? ¿Por qué...? – El resto le echaron una mirada desafiante – ¡Vale, vale, lo siento! Intentaré callarme.

Guío: Aquel día empezó como cualquiera de los cientos anteriores: salimos de su casa para dar nuestro paseo matinal por el parque cercano que frecuentábamos. Teníamos que cruzar varias calles, y justo cuando cruzábamos por el paso de peatones de la última, un coche atropelló a mi amo... Debido a mi ceguera no pude prevenirle... ¡Fue por mi culpa…! Me repito una y mil veces que debería haberle advertido de mi ceguera y así todavía seguiría vivo. Le oculté mi dolencia para no separarme de él y…– las lágrimas brotaron de sus casi ciegos ojos. Mati tampoco pudo reprimirlas y le abrazó fuertemente. El silencio les inundó.

Fénix: ¡No fue culpa tuya! Fue el individuo del coche el que debió veros y frenar... Aún sin ceguera, no podrías haber hecho nada para remediarlo.

Todos asintieron enérgicamente, excepto Guío.

Guío: Gracias por intentar animarme y exculparme. Mi labor como perro guía es adelantarme a lo que pueda suceder utilizando todos mis sentidos. Nos enseñan a estar siempre alerta. Tenemos una gran responsabilidad. Pero yo ya no era apto y no quise admitirlo. Prevaleció mi afecto hacia él y mi deseo de no querer alejarme de su lado. Perdí la perspectiva. Yo era, ante todo, su

perro guía y mis emociones tenían que haber pasado a segundo plano.

Mati: Está claro que el sentimiento de culpa que mina tu corazón no te deja ver las cosas con objetividad. Yo creo que cumpliste con creces tus funciones. No fuiste un simple perro guía, te involucraste de tal forma que llegaste a ser más que eso: un amigo y compañero. Le alumbraste en su oscuro mundo. Sé que es muy fácil decirlo pero deberías intentar dejar de mortificarte.

Guío: Eso que dices me lo repito a mí mismo muchas veces pero no consigo quitarme de la cabeza aquella escena. La he repasado hasta en sueños y sé que debería de haber visto aquel coche. Daría mi vida por volver a aquel momento previo al atropello y poder evitarlo.

Mati: ¿Qué pasó después?

Guío: Después de ser atropellado, corrí al lado de su cuerpo. Le lamí la cara y le ladré para intentar reanimarle. Aún con mi temperamento templado me convertí en el más fiero de los perros. No dejé que nadie se acercara a él, daba dentelladas y gruñía como nunca lo había hecho. Una gran cantidad de público se agolpó a nuestro alrededor a una distancia prudencial. Fui a por su bastón que se encontraba a varios metros. Intenté varias veces que lo asiera sin éxito, por lo que se lo dejé encima de su abdomen. Entonces me tumbé a su lado durante no recuerdo cuanto tiempo. Además de llamar a la ambulancia y a la policía, también apareció el servicio de atención de animales, que me sedaron para poder atender a mi dueño. Desde entonces tengo un gran vacío en mi memoria y solo tengo destellos de recuerdos que vienen y van. Tan solo hay algo que se me repite en la cabeza una y otra vez: La Felicidad. ¿Podríais guiarme hacia ese lugar?

Todos se quedaron pensativos. Tras un momento de reflexión se preguntaron: ¿De qué lugar habla? ¿Dónde reside la felicidad? ¿No habita en uno mismo como el resto de estados de ánimo? ¿Quizás se refiere a algo que busca y ni siquiera él sabe qué es? o ¿es que ha perdido la razón, además de la memoria y la vista, y no sabe lo que dice? ¿Cómo ayudar a alguien perdido de sí mismo?

**

Como el capítulo había terminado, dejaron de leer y salieron de la habitación mientras la madre le intentaba explicar a su hija, además de varias palabras que no entendía, qué era la felicidad y dónde se cree que se halla. Cerrando la puerta le dijo: “la felicidad no se busca, simplemente se siente”.

30 CENTÍMETROS (III)

Al día siguiente, la niña no podía esperar a saber cómo continuaba aquel cuento y, tras desayunar, arrastró a su madre al estudio, donde Lápiz también se sentía expectante por resolver las dudas que se le habían planteado en el capítulo anterior. Su curiosidad iba a ser satisfecha en breve:

CAPÍTULO 3

Guío: Por vuestra expresión creo que estaréis pensando que he perdido la cabeza, y quizás no os falte la razón. Me diagnosticaron un shock postraumático, por eso mi memoria no funciona bien desde el día del accidente. Tan solo tengo imágenes yuxtapuestas que vienen y van sin orden ni concierto sobre mi pasado más cercano. Entre los fármacos que utilizaron para calmarme y mi empecinamiento en repasar aquella escena, mi cerebro tiene vida propia. Lo que sí os puedo decir es que una imagen me viene de forma reiterada una y otra vez, y en ella aparecen las palabras: La Felicidad, con letras muy grandes. Algo en mi interior me empuja hacia allí. Lo que no os puedo aclarar es dónde está ni por qué tengo que ir; pero lo cierto es que voy a lograrlo con o sin vuestra ayuda.

El cuarteto seguía inmerso en un mar de dudas. No sabían qué creer, no sabían qué decir a su amigo, ni tampoco qué hacer para ayudarle. Félix, que se consideraba el líder del grupo, fue quien dio un paso adelante.

Fénix: Como imagino que sabréis mi nombre hace referencia al Ave Fénix. Desconozco si el que me bautizó vislumbró algo en mí de lo que esa ave simboliza: fuerza, purificación, inmortalidad y renacimiento físico y espiritual. Imagino que no, pero lo cierto es que yo me siento con mucha fuerza y me gustaría utilizarla para los que la necesiten. Apoyaré a quién me convenza de que me necesita para cumplir su sueño. Y en ese sentido Guío lo ha conseguido; aquí y ahora le digo que cuente conmigo para lo que necesite. Soy de los que hacen caso a lo que le dice su interior y por eso estoy aquí. Algo en él me dijo que emprendiera un nuevo camino lejos de mis anteriores amos y lo hice sin vacilar. Ahora estoy rodeado de amigos, tengo a Mati y una prole en camino. Me siento muy feliz y agradecido. Yo no necesité la ayuda de nadie para reemprender mi vida; pero no es el caso de nuestro nuevo amigo. Creo que nos necesita y en nuestra mano, mejor, en nuestra pata está el hacer lo adecuado.

Mati: Sabía que ibas a dar este paso, si no lo hubieras hecho me hubieras decepcionado sobremanera. Y, como no podía ser de otra forma, te seguiré allá donde vayas y más en mi estado – sonrió abiertamente y provocó en todos una tierna sonrisa mientras miraban a su ya abultado vientre. – Es muy posible que os ralentice, pero me niego a quedarme aquí sola. Si me conocéis

sabréis que tengo mucho temperamento y soy bastante tozuda, por lo que no creo que intentéis hacer que cambie de opinión, porque no lo conseguiréis.

Bundo: Yo soy un perro de mundo y quizás os sirva de ayuda; entiendo que mi deber como parte de esta gran familia es dar mi apoyo cuando se me requiere. Llevamos demasiado tiempo en este barrio insulso; creo que necesitamos un cambio de aires y echar un poco de pimienta a nuestra existencia. ¡Me apunto!

Dogui: Vaya, me habéis dejado para el final. Está claro que no me voy a quedar solo. Como bien decía Fénix no puedo estar ni en compañía ni separado de Bundo, y además, ¿quién os iba a amenizar las veladas por ese mundo incierto?

Todos empezaron a reír. Bundo se acercó a él y le hizo una carantoña. Estaba claro que querían seguir juntos y aquella nueva experiencia quizás los uniría más todavía. En situaciones adversas es cuando se confirma de qué pasta está hecha la amistad, cuando se la pone a prueba.

Guío: Me habéis emocionado – lo decía de corazón y con lágrimas en sus dañados ojos. El resto tampoco pudo evitar sus emociones –. No sabía que ibais a reaccionar de esta forma. Se nota que sois amigos de vuestros amigos y en tan solo unas horas me habéis aceptado como tal. No sé si os arrastraré a una locura; ahora me entran dudas sobre mí mismo y sobre lo que vamos a emprender. Me habéis trasladado una gran responsabilidad sobre todos vosotros, porque me sentiré más culpable todavía si os llega a pasar algo malo. Lo que sí os puedo decir es que intentaré que esto nunca se me olvide. Para ello, en el caso de que no sea así os pido un gran favor: que me lo recordéis muy asiduamente en el futuro para que se quede forjado a fuego en mi maltrecha memoria.

Fénix: Creo que hablo en nombre todos y te puedo decir que estás exculpado sobre lo que nos pase a partir de ahora. Somos perros adultos y hemos decidido por nosotros mismos. Lo más importante es que formamos un equipo unido y así es muy difícil que no podamos solventar los problemas que se nos presenten. La responsabilidad de lo que nos pase será compartida por todos y no recaerá en ninguno de nosotros en particular.

Todos asintieron sin dejar de mirar a Guío; estaban de acuerdo con lo dicho.

Bundo: Volviendo a lo que nos ocupa, Guío, nos deberías dar alguna pista sobre ese lugar o lo que sea a lo que tú llamas La Felicidad. Debemos saber todo lo que recuerdes. Imagino que ese sitio lo habrás visto al pasar cerca o habrás estado allí. Si es así deberías intentar buscar algo que sea característico: más imágenes, incluso olores o sonidos. Concéntrate, todo nos

es válido aunque te parezca insignificante.

Guío: Recuerdo… – rompió el silencio tras unos momentos de concentración – mucho ruido de coches, aunque se oían algo lejanos, una gran carretera. También recuerdo un parque donde había muchos árboles frondosos que impedían que los rayos del sol incidieran sobre la hierba. ¡Ah!, había una torre en forma de aguja que intentaba pichar las nubes con muchas antenas. Creo que era lo que llaman una torre de comunicaciones. Además, había unos edificios altos de ladrillo rojo de viviendas, no de oficinas. Es lo único que os puedo decir por ahora, no me viene a la mente nada más.

Bundo: Creo que empezamos muy bien. Yo conozco una torre de esas características que está cerca de una gran autopista. Pero está en el otro extremo de la ciudad. Tendremos que rodearla, no nos conviene atravesar el centro dado que cinco perros juntos y sin dueño llamarían mucho la atención. ¿Qué os parece? – por su expresión todos estaban de acuerdo. No tenían otra opción que fiarse de Bundo, era el más experimentado. – Pues ya está; el resto del día lo dedicaremos a comer y a descansar todo lo que podamos y mañana, antes del amanecer, emprenderemos la aventura: ¡iremos en busca de La Felicidad!

**

La pequeña comenzó a dar palmas de alegría. Estaba claro que ella también estaba emocionada por el viaje que los cinco perros iban a emprender. Su cara revelaba que aquel cuento le estaba gustando, además los perros le encantaban. Su madre se quedó de piedra cuando de pronto le dijo: '¡Por favor, por favor; quiero un perrito!'.

30 CENTÍMETROS (IV)

Aquel nuevo día Lápiz observaba a la pequeña que pasaba una y otra vez las páginas deleitándose con las imágenes de aquellos perritos, y descubrió que el que más le llamaba la atención era Fénix, parecía que le gustaba más que el resto porque en cada ilustración lo buscaba y hacía como si le acariciara dulcemente. Su madre siguió leyendo:

CAPÍTULO 4

La mañana comenzó radiante; parecía como si el sol les brindara todo su esplendor para darles más energías si cabe. El nerviosismo y la euforia les envolvía; aquella aventura se les antojaba como lo más emocionante que

habían hecho nunca, y la disfrutarían juntos.

Bundo les dio las directrices básicas para intentar pasar lo más desapercibidos posible: en las calles más vacías debían evitar a la gente y. por el contrario, en las más transitadas era mejor si se acercaban a las personas para parecer que eran sus mascotas. Y lo más importante: si alguno se despistaba, el resto permanecerían juntos, aminorarían la marcha y no cambiarían de ruta para que le fuera fácil encontrarlos.

Tras buscar algo de comer, emprendieron la marcha. Bundo se situó a la cabeza del grupo junto a Guío, detrás de ellos iba Dogui, y cerrando el grupo Mati y Fénix. Los primeros tramos fueron fáciles dado que no se encontraron con mucha gente. Iban a buen paso, pero sin correr: simulaban que daban de paseo. Bundo parecía que estaba en su salsa. Estaba claro que había pateado aquellas calles muchísimas veces y trasladaba seguridad al grupo. Se había autoproclamado como el perro guía de Guío y no le perdía de vista ni un instante.

Pararon por callejones vacíos para descansar y buscar algo de comida. Mati, con su peso extra, lo necesitaba y agradecía esas paradas. Fénix la mimaba como nunca. Por la tarde pasaron junto a una construcción muy particular que llamó la atención a Guío dado que le recordaba algo. Intentó rebuscar en el fondo de su mente para saber el motivo por el que le era tan familiar y a la vez le transmitía mucho pesar y melancolía.

Guío: Bundo, por favor, necesito que entremos dentro de esta edificación – algo en su interior le empujaba hacia allí. Bundo no entendía nada, pero hizo lo que Guío le pedía y el resto les siguieron. Bordearon un gran muro de ladrillo que, para sus 30 centímetros, parecía una alta y larga muralla. Tras avanzar junto a ella durante unos metros encontraron una gran puerta de hierro, la cruzaron y pasaron a una zona oculta y tranquila.

Guío: Como ya os dije mi cerebro me revela imágenes sin control y al ver estos edificios me han brotado muchas.

Al resto ese sitio les generaba malas sensaciones. Era un lugar que no se parecía a nada de lo que habían conocido. Miraron a su alrededor y vieron muchas esculturas de mármol, también unas pequeñas edificaciones extrañas e inquietantes, y un montón de árboles diseminados con forma de punta de flecha de varios tamaños. Eran cipreses y estaban dispuestos como si fueran unos soldados que estuvieran de guardia, cuidando que nadie quebrantara la paz que allí habitaba.

Guío: No sé si habéis estado alguna vez en un cementerio; estamos dentro de uno de los más grandes, según creo. Aquí es donde yace mi amo y al pasar por aquí he rememorado el día que le enterraron. No os puedo explicar con

palabras lo que ha atravesado mi corazón. No sé si es mucho pedir, pero… necesito encontrar su tumba. No recuerdo su ubicación exacta y, al ser esto tan extenso, me sería imposible localizarla sin ayuda.

Fénix: Está claro que no te irás de aquí hasta que no cumplas con algo que crees que le debes. Lo mejor será que nos pongamos a ello para salir de aquí cuanto antes. Creo que estaréis conmigo cuando digo que este sitio me da escalofríos…

Todos asintieron menos Dogui que había desaparecido. Cuando le echaron en falta se asustaron y empezaron a llamarle alarmados. Durante un rato que se les hizo eterno le buscaron por los alrededores hasta que le vieron aparecer a lo lejos. Los que les llamó la atención era que venía moviendo la cola y portaba algo en la boca. Al acercarse comprobaron que ¡era un hueso!

– ¡Dogui, debes permanecer junto con el resto! – Le recriminó Fénix muy enfadado – ¿De dónde has sacado ese hueso? – le miraron esperando respuesta, pero lo único que hizo fue encogerse de hombros sin dejar de mover la cola – ¿No lo habrás desenterrado? Sabes dónde estamos: esto es un cementerio.

Dogui: Pues... no, no lo he desenterrado de aquí. Lo he cogido de una bolsa de basura que encontré. Solo quería tomaros el pelo.

Cuando dijo esto, viendo la cara del resto, no pudo reprimir las carcajadas. Pero el resto no se contagió, todo lo contrario, le miraron con muy malos humos; entonces su carcajada se detuvo al instante y bajó su hocico como queriendo que le tragara la tierra. Estaba claro que la broma no había sido de buen gusto.

Bundo: ¡No cambiarás nunca; no tienes remedio! – Le recriminó con una mirada fulminante – Tan solo a ti se te pueden ocurrir este tipo de bromas en este lugar. Creo que de tu cabeza saltaron muchos tornillos hace tiempo y se te ha desajustado sin remedio.

Fénix: ¡Vale, dejémoslo! Corramos un tupido velo –. Tras contar muy despacio hasta diez prosiguió: – Nos repartiremos en dos grupos: Bundo y Guío por allí y el resto conmigo. Por cierto Guío, ¿alguna pista para conocer su tumba? Nos sería de gran utilidad. ¿Tiene alguna escultura o está dentro de esas construcciones a las que creo que llaman nichos o columbarios?

Guío: Creo que tengo una imagen en la cabeza que nos ayudará a encontrarla: hay una figura suya de tamaño natural caminando con su bastón y sus gafas y yo estoy a sus pies. Me esculpieron junto a él – miró al suelo con cara taciturna. – Ya sé lo que vais a decir, que su familia demostró claramente que les importo. Yo también lo pienso, pero sigo sintiendo que no lo merezco. Soy así.

Fénix: Vale, tenemos mucho que hacer antes de que anochezca. Si alguno de los grupos encuentra lo que buscamos, que uno de los integrantes ladre tres veces, después de un rato otras tres, así hasta que el otro grupo se una al primero. ¿Entendido? Pues vamos allá. ¡Suerte!

Comenzaron la búsqueda. El cementerio era enorme y no tenían tiempo que perder. Tardaron un par de horas en encontrar aquella significativa escultura; fue el grupo de Fénix el que la localizó en una zona poco transitada a aquellas horas. Dio la señal según el código que habían establecido, y Bundo y Guío no tardaron en encontrarles. Este último llegó exhausto, el ímpetu por llegar y reencontrarse con su amo y amigo le había hecho correr más que nunca.

Guío: ¡Muchas gracias! – miró a todos con lágrimas en los ojos. Se acercó a la tumba muy despacio y se quedó perplejo observando la figura que reflejaba los últimos rayos de luz. Con mucho cuidado se tumbó junto a ella; su postura era la misma que cuando se tumbaba al lado del sillón de su dueño mientras éste escuchaba la radio. Aquellas veladas las recordaba como las más felices de su existencia.

Los demás entendieron que no les iba a ser fácil despegarle de aquel lugar y que seguramente querría pasar la noche allí. Mati rebuscó en los cubos de basura y confeccionó un ramillete de flores que depositó sobre la lápida. Guío la miró y se lo agradeció de corazón sin abrir su boca. Después, volvió a cerrar los ojos. Los demás buscaron un rincón para pasar aquella noche.

**

La niña cogió el cuento y se lo apretó contra su pecho muy fuerte. Estaba claro que aquella escena la había conmovido y alguna lágrima asomó a sus ojos. Su madre, a su vez, la cogió en brazos y se la llevó. Era ya tarde y tenía que bañarla, darle de cenar y dormirla.

30 CENTÍMETROS (V)

Lápiz llevaba varios días sin ver a sus niñas. Pensó que quizás habían salido de fin de semana. ¡Cómo le gustaría acompañarlas allí donde fueran! Lo deseaba con todas sus fuerzas aun sabiendo que eso era imposible; su lugar era velar por aquel estudio y con eso le era suficiente. El hecho de saber que podía estar cerca de ellas, aunque fueran unos ratitos efímeros, le bastaba. Por eso le dio un vuelco su corazón cuando en ese mismo instante, entraron las dos para seguir con su lectura:

CAPÍTULO 5

Aquella noche no descansaron lo suficiente; aquel lugar les provocó durante la noche sobresaltos que les despertaron varias veces. Sin querer se fueron acercando unos a otros y amanecieron todos apelotonados. Guío se les acercó muy despacio y Bundo dio un brinco, estaba claro que estaba muy alerta al dormir en un sitio así.

Bundo: ¡Vaya susto me has dado! Casi me da un infarto. Vaya nochecita he pasado. Creo que va a ser la última vez que duerma en un cementerio. No sé si será todo subjetivo, pero no se lo recomiendo a nadie. El ambiente que se respira aquí no es de mucha tranquilidad precisamente. Además, he tenido que dormir con este pesado encima.

Hacía referencia a Dogui que había estado recostado sobre su abdomen casi toda la noche. Entonces, le golpeó con sus pezuñas para que se despertara de su profundo sueño.

Dogui: ¿Qué te pasa? Parece que no has tenido un buen despertar. Ahora que había cogido una buena postura vas y me sacudes.

Mati: Siempre estáis como el perro y el gato. Lo que no sé es quién de los dos hace de gato– les echó una mirada recriminatoria. Ella tampoco había dormido bien. Al levantarse sintió unas fuertes punzadas en el estómago. Todavía le quedaban algunas semanas para parir por lo que creyó que era algo puntual a causa de la inquieta noche. Además tenía un hambre atroz –. ¡Necesito un café!, como dirían los que miden bastante más de 30 centímetros. Vayamos a buscar agua y algo para comer. Creo que mis pequeños han pasado toda la noche de juerga y tienen hambre.

Fénix: ¿Te encuentras bien Mati? No tienes muy buena cara.

Mati: Imagino que será sueño y hambre. En cuanto comamos algo creo que mi cara y las de todos cambiarán. Ha sido una noche muy movidita. Por cierto, Guío, ¿cómo te encuentras? ¿Te sientes más aliviado? Por tu expresión creo que te ha servido de mucho.

Guío: Gracias muchachos. Reconozco el sacrificio que habéis hecho por mí. Siento haberos hecho pasar una noche como ésta. He estado reflexionando y he llegado a la conclusión de que debo de dejar de mirar para atrás y hacerlo para adelante, aunque vea poco. A partir de ahora voy a intentar disfrutar más el presente y pensar más en el futuro. Tengo que pasar página.

Bundo: ¡Me parece perfecto! El presente nos dice que tenemos que hacernos con un buen desayuno antes de emprender de nuevo la búsqueda de La Felicidad.

Todos se animaron y se pusieron en marcha. Estaba claro que el optimismo

era contagioso y no les abandonaba. No tardaron mucho en encontrar algo de comer en el barrio cercano al cementerio. Tras ello se sintieron muchísimo mejor y reemprendieron el camino. Subieron una pequeña loma para intentar divisar mejor la ciudad, y cuando la encumbraron se les presentó la imagen que buscaban: una torre de comunicaciones junto a unos edificios altos de viviendas de ladrillo rojo.

Entre ellos y la torre había una autopista. Estaba claro que era el lugar que había descrito Guío. Le narraron a éste lo que veían, sobre todo cómo era la torre, y éste confirmó que se trataba de la imagen que guardaba en su memoria. No tardaron en divisar un puente y se encaminaron hacia él a un buen paso. No podían correr para no llamar la atención, pero las ganas de llegar al destino les instaban a ello. Aun así, se contuvieron.

Cruzaron el puente y se adentraron en un parque muy arbolado. Debería ser al que se había referido Guío. Había mucha gente haciendo deporte y muchos otros paseando a sus perros. Intentaron pasar desapercibidos y no acercarse al resto de perros para no entrar en batallas innecesarias. Al cruzarlo salieron a una zona bastante habitada. Ahora necesitaban saber qué dirección coger. Tenían claro que estaban cerca pero, ¿cómo encontrarían La Felicidad?

Guío: ¡Esperad un momento, por favor! – se agruparon en un callejón nada transitado esperando a que les arrojara algo de luz. –Al cruzar el parque me han venido algunos recuerdos. Primero, fue aquí donde me perdí. Alguien, no recuerdo quién, me trajo a mí y a otros perros y yo me extravié. Salí del parque buscando a mis compañeros, pero no había ni rastro de ellos. En lugar de esperar en el parque, empecé a andar y a andar, hasta que llegó un momento en el que ya no sabía ni de dónde venía ni a dónde iba. Fui dando tumbos durante varios días hasta que me topé con vosotros.

Fénix: Eso significa que estamos cerca. Pero necesitamos algo más.

Guío: Ya lo sé. Por eso, hay una segunda cosa. La Felicidad es el nombre de una asociación de protección de animales. Allí es a donde me llevaron los familiares de mi dueño. Eso quiere decir que por aquí cerca debe haber un centro de ese tipo. Además, allí convivíamos animales de muchas especies. Ahora nos toca ser unos sabuesos. Debemos utilizar nuestro olfato lo mejor posible. Un lugar como ese debe desprender un olor característico.

Dogui: No es por dármelas, pero creo que soy el que mejor olfato tiene. Lo he demostrado casi siempre buscando los mejores sitios para comer y mis ancestros siempre han sido buenos cazadores.

Bundo: Por una vez dices algo sensato. Nos dejaremos guiar por ti. Pero ojo con no confundir los olores y nos lleves a algún restaurante o detrás de un

ratón.

Dogui no tardó mucho en encontrar un rastro olfativo característico y empezó a menear la cola. Los que le seguían confirmaron que había encontrado algo y apretaron la marcha. Pero Mati no pudo aguantar aquel ritmo, los dolores, lejos de menguar, se estaban incrementando. No tenía experiencia como primeriza, pero aquellos dolores le decían con cada pinchazo que aquello no iba bien. De repente, se desplomó.

Fénix: ¡Parad todos! ¡A Mati le pasa algo! – dijo asustado mientras se abalanzaba sobre ella. – Mati, amor mío, ¿qué te pasa? ¡Dime algo!

Empezó a zarandearla, pero no respondía. El resto la rodearon preocupados por ella. Siempre había sido una perra fuerte, por lo que aquello debería ser grave. Buscaron agua que transportaron en unos recipientes de plástico que encontraron y se la echaron por la cara. Ésta le hizo reaccionar y empezó a abrir los ojos muy lentamente con la cara descompuesta. Fénix no hacía más que lamerla con alivio

– ¿Te encuentras mejor? ¿Es que se van a adelantar los pequeños? Creo que te faltaban algunas semanas, ¿no? ¿Dónde te duele? ¿Quieres agua?

Mati: Tranquilo, tranquilo. Las preguntas de una en una. Lo primero que necesito es que te relajes; al resto os pido que os separéis un poco y me dejéis respirar – como si fuera una orden marcial, al unísono todos se separaron varios pasos. – Muchas gracias. Creo que me encuentro algo mejor. Tengo dolores en el abdomen muy fuertes y algo me dice que no son de parto. Es como si algo no fuera bien. Y sí, me vendría bien algo de agua – todos le trajeron agua que bebió ávidamente, y tras un rato les engañó: – Creo que el dolor está remitiendo un poco. Parece que estoy algo mejor.

Guío: Ahora tenemos un motivo importante más para encontrar el sitio que busco. Allí hay veterinarios que podrían ayudarla. Si lo que dice es cierto no va a ser un parto normal y les necesitamos.

Fénix: Estoy de acuerdo… ¡Encontremos ese sitio cuanto antes! ¿Mati, puedes levantarte y andar? – Ésta asintió con el ánimo justo y se incorporó no sin esfuerzo – ¡Muy bien! ¡Eres una campeona! – y le dedicó una gran sonrisa – ¡Dogui, por lo que más quieras! ¡Encuentra el rastro lo antes posible! Para los demás: ¡estad atentos! He notado un olor extraño y no hablo de otros animales. Hablo del olor que dejan algunos perros para marcar su territorio, y es un olor muy fuerte.

Se miraron unos a otros con preocupación. Estaba claro que ese tramo del viaje iba a ser más intenso de lo que esperaban, y todos se pusieron alerta para captar cualquier señal alarmante. Dogui meneó de nuevo la cola indicando que había reencontrado el rastro y se puso a andar a un paso algo

más lento; el resto le siguieron con cautela.

Dogui: Creo que está muy cerca, incluso parece que huelo los caballos, gatos y demás animales que se albergan en ese sitio. Deben de quedar unos cientos de metros en aquella dirección – indicó hacia el frente. – Está al final de aquella calle del fondo. ¿La veis?

De repente, no se sabe de dónde, aparecieron tres perros de gran tamaño y con cara de pocos amigos; no ladraban pero sus gruñidos se oían en la distancia. No eran de raza y parecían perros callejeros sin dueño. Estaba claro que estaban en su territorio y no les dejarían pasar fácilmente.

Dogui paró en seco al ver la amenaza. El resto se unió a él. Aquellos fieros perros estaban entre ellos y el lugar al que necesitaban llegar imperiosamente. ¿Qué podían hacer?

**

Lápiz se quedó sin aliento; y la niña miró un poco asustada a su madre. Ésta le calmó dándole a entender que debía tener paciencia y esperar a ver cómo se desarrollaba el resto del cuento. De alguna forma le estaba diciendo que la historia seguro que terminaría bien.

CAPÍTULO 6

Dogui, sin pensarlo como hacía casi siempre, se abalanzó sobre aquella mini jauría. Tenía claro que debía intentar salvar aquel obstáculo a priori insalvable para que Mati pudiera llegar a La Felicidad y ser atendida. Sentía que se lo debía a ella y a los demás.

Algo en su interior le gritaba enérgicamente: '¿A dónde vas? ¡Estás loco si crees que vas a poder vencerles!'. Pero aunque era pequeño comparado con aquellos caballos disfrazados de perros, creía que sus movimientos serían mucho más rápidos y ágiles por su tamaño. Pasara lo que pasara, por lo menos los tendría ocupados el tiempo suficiente para que sus amigos pudieran correr y ponerse a salvo.

Bundo, al verle correr hacia aquellas fieras, no pudo dejarle solo. En aquel momento más que nunca quería estar al lado de Dogui y enfrentarse juntos a aquel peligro que parecía infranqueable.

Bundo: ¡Intentaré junto a Dogui dirigir la atención de esos tres monstruos con patas hacia nosotros! Les llevaremos hacia el callejón de la izquierda, así vosotros tendréis una oportunidad de llegar al centro de protección de animales – gritaba mientras corría detrás de Dogui. – Estad atentos, y en cuanto tengáis la mínima oportunidad, corred como posesos. Nosotros os seguiremos.

Fénix se dio cuenta de que iban a poner en riesgo sus vidas por ayudarles y no sabía qué hacer. Sentía unos deseos irrefrenables de seguirles, pero debía cumplir con su cometido: llevar al centro a Mati. Entonces decidió acompañarles hasta la puerta y en cuanto los hubiera dejado a buen recaudo volvería para ayudar a sus amigos. Mati, por su parte, se sentía muy dolorida, pero sabía que tenía que hacer un último esfuerzo.

En cuanto Bundo y Dogui consiguieron ocupar y alejar a los tres 'perrazos', ellos empezaron a correr lo más rápido que sus cortas patas les permitían y no tardaron mucho en ver el gran letrero: La Felicidad. Adornado con siluetas de animales, estaba en la parte alta de una gran puerta verde metálica.

Fénix no dejaba de mirar hacia atrás para ver si sus compañeros les seguían o, peor aún, para confirmar que no les seguía ninguno de los tres perros callejeros. No vio a ninguno. Guío se había parado y le hacía gestos ostensibles para que siguiera. '¿Qué estaba haciendo?', pensó, '¿Es que no podía seguir?'. Un instante después supo qué sucedía: Guío estaba corriendo hacia el lugar de la batalla. Creía, y con razón, que si sus dos amigos no les seguían era porque no podían deshacerse de sus agresores, lo que significaba que estarían en peligro; no eran lo suficientemente fuertes para aguantar las embestidas de aquellos tres furiosos perros. Si les ayudaba tendrían alguna oportunidad para escapar.

Fénix no podía dejar a Mati en ese momento, ni tampoco le dijo nada sobre lo que Guío estaba intentado hacer. Debía de seguir a su lado para confirmar que llegaba a donde la trataran; era por lo que sus amigos se estaban dejando la piel.

Se puso a ladrar sin parar y a rascar la puerta metálica con sus pezuñas. Aquellos momentos se les hicieron eternos. Al final oyeron voces y cómo alguien abría la puerta. Mati entró rápidamente y Fénix, sin decirle nada, se dio media vuelta. Mati le llamó en la distancia pero él no le hizo caso. Mati ya estaba a salvo y ahora les correspondía a los humanos auxiliarla; en cambio, él tenía que ayudar a sus amigos. Esperaba no llegar demasiado tarde.

Se encontró una escena dantesca: Dogui yacía en el suelo y Bundo intentaba por todos los medios levantarle. A Guío no le veía por ningún sitio al igual que a los tres monstruos con patas. A Bundo le brotaba la sangre por multitud de heridas pero no parecían que fueran de gravedad; en cambio Dogui tenía varias dentelladas y arañazos muy profundos y con muy mal aspecto. Gemía con dolor lastimero, estaba claro que debían trasladarle como pudieran al centro de protección de animales para que le atendieran.

Fénix: Dogui, ¿cómo estás? ¿Puedes levantarte? Tenemos que llevarte a La Felicidad.

Dogui no podía ni hablar, tan solo gemía de dolor. Aun así intentó levantarse en varias ocasiones hasta que finalmente lo consiguió. Le temblaban las patas de tal forma que daba a entender el arrojo que estaba demostrando.

Fénix: ¡Muy bien! ¡Ánimo Dogui! Entre Bundo y yo te ayudaremos a llegar.

Dogui comenzó a andar a duras penas y varias veces estuvo a punto de desvanecerse, pero consiguió mantenerse en pie gracias a que Fénix y Bundo le flanqueaban. Por el camino Bundo le explicó a Fénix lo ocurrido: Dogui había conseguido esquivar las primeras embestidas hasta que uno de los perros consiguió darle un zarpazo que le dejó maltrecho en el suelo. Bundo, por su parte, había conseguido que dos de ellos le siguieran y perdió de vista a Dogui. Le dieron varios zarpazos y arañazos, pero pudo evitar sus afilados dientes.

Bundo: Después apareció Guio. Venía fuera de sí y con los ojos inyectados en sangre. Y entre los dos conseguimos plantarles cara. Cuando los dos perros rabiosos y cobardes comprobaron que ya no tenían ventaja salieron por patas, y Guío les siguió. Le grité varias veces para convencerle de que les dejara ir, pero no me escuchaba. Después volví y me encontré a Dogui en el suelo cubierto de sangre. Parece ser que la bestia que le había hecho aquello se cansó y, creyendo que ya era suficiente, se marchó.

Llegaron y rápidamente atendieron a Dogui. Los humanos le cogieron y le llevaron al interior de la clínica. A Bundo también se lo llevaron, aunque éste iba por su propio pie, mejor, propia pata. Fénix, por su parte, encontró a Mati recostada en una camilla. Parecía que los dolores habían remitido tras darle algún sedante. Le contó más o menos los detalles, omitiendo los más escabrosos para no causarle más sufrimiento. Tras comprobar que estaba mejor le dijo que debía dejarla e ir a buscar a Guío urgentemente.

Fue al patio y, en un descuido en el que dejaron la puerta abierta, salió de allí. Primero llegó a donde se había producido la gran pelea, y después corrió hacia donde Guío debió seguir a los dos mastodontes con patas. Intentó encontrar algún rastro, pero los olores del ambiente no le ayudaron. Entonces decidió recorrer las proximidades para intentar hallar alguna pista. Estuvo investigando todos los rincones de los alrededores hasta que la noche se le echó encima; parecía como si su amigo se hubiera evaporado. Entonces decidió volver para ocuparse de sus maltrechos amigos y, sobre todo, de Mati.

Bundo le comentó que él solo había necesitado algunos puntos de sutura. En cambio, Dogui, estaría bastante tiempo postrado, aunque la buena noticia era que las heridas no eran tan graves como parecían. A Mati la habían metido al quirófano, parecía que su embarazo no iba como debía. Fénix

intentó entrar por todos los medios pero se lo impidieron. Y se quedó junto a Bundo en la puerta.

La noche fue muy movida para todos, incluyendo los humanos que no cejaron en su empeño por ayudarles. Fénix se sentiría siempre en deuda con aquellas personas. '¡Qué diferencia hay entre unos seres humanos y otros!', pensó. Conocía a muchas personas y, estaba claro que no dejaba de sorprenderle el hecho de que algunas se dañaban entre ellas sin motivo aparente y en cambio otras daban todo lo mejor de ellas para salvar a otras, incluso a los animales. Solo les motivaba hacer el bien, tan simple y sencillo.

**

Lápiz no entendía por qué la mujer le estaba leyendo aquel cuento a su hija de tan solo siete añitos. Incluso a él le costaba entender los motivos que les llevaba a aquellos horribles perros a comportarse de aquella forma: aunque eran de razas diferentes, pertenecían a una misma especie. Tan solo se diferenciaban por su tamaño: unos tenían alrededor de 30 centímetros, en cambio los otros deberían sobrepasar el medio metro. Quizás por ser más grandes y fuertes se sentían mejores y con poder sobre los otros. Además, ¿por qué se creían dueños de un territorio cuando, salvo sus hogares, la calle es de todos y para todos? ¡Hay espacio de sobra! ¿Por qué se sentían con derecho de hacer lo que les viniera en gana? ¿Es que le falta de apego les inducía a creerse por encima de los demás para llenar el vacío que sentían? Y, claro, no podían permitirse el lujo de mostrar debilidad y menos con los que formaban parte de ese grupo de desarraigados. 'A los que les falta el cariño intentan ocultar esa carencia no manifestando afecto por nada ni nadie. ¡Qué triste!', pensó.

La pequeña había empezado a llorar. Su madre la trajo hacia sí, le enjugó las lágrimas y, tras un rato, prosiguió leyendo:

CAPÍTULO 7

Por fin salieron los veterinarios y les dejaron entrar a una sala donde Mati estaba postrada en una camilla. La buena noticia es que se habían conseguido salvar a dos crías de la camada: un macho, que era como él, y una hembra que era de la raza de ella. Los tenían en una especie de incubadora ya que su pequeño tamaño, al adelantarse el parto, requería de cuidados especiales, pero parecía que salvo eso estaban bien.

Mati estaba grave. Habían tenido que extirparle los órganos reproductores, debido a que tenía una malformación, y no podría tener más descendencia en el caso de que sobreviviera; según escucharon a los cirujanos sus constantes vitales eran muy débiles. Bundo y Fénix intentaron hablar con Mati, pero ella no contestaba. Bundo les dejó solos y se fue a

hacer compañía a Dogui que también necesitaba de alguien a su lado.

Fénix: Hola Mati, ¿me puedes escuchar? – siguió intentándolo – Aunque no me escuches no puedo dejar de decirte lo que siento: sabes que no suelo expresar mis sentimientos, pero, aunque no te lo parezca, los tengo y muy profundos. Tú eres lo que más me importa, la que das cordura a mi mundo a veces sin sentido y, aunque parezca una contradicción, la que me vuelve loco, pero loco de amor. Tú has sido y eres la que me da energía cada mañana al levantarme. El verte a mi lado en cada despertar me confirma que ha merecido la pena el haber nacido. No imagino un solo minuto, ni un segundo sin ti a mi lado. Todavía recuerdo cuando te quité aquel corsé que te oprimía y, al liberarte de aquel yugo, yo sentí que también me redimía. Desde que te conocí pienso que si me dejaras me convertiría en un reo de tus recuerdos. Dejaría de ser yo mismo, porque ya no soy solo yo, soy parte de ti y tú parte de mí. No podría caminar por los caminos inciertos sin ti y me convertiría en un inválido del corazón. Por favor, ¡no me dejes! ¡Lucha por mantenerte a mi lado! Sé que soy un egoísta y lo digo por mí, pero creo que yo también te hago feliz y seguiré intentándolo – en ese momento no pudo reprimir sus lágrimas que cayeron en los ojos de Mati. Y de repente, no se sabe si por lo que le había dicho, por lo que ella sentía o quizás porque su nombre no se lo habían puesto al azar, Mati abrió los ojos y le ofreció, con mucho esfuerzo, una gran sonrisa. Sus ojos se llenaron de lágrimas de alegría que se mezclaron con las de él, formando un único río de esperanza. Ese río regaría y daría vida, y sobre todo haría crecer lo más importante: el fruto de lo que entre los dos habían gestado y ladraban débilmente en la sala de al lado. Se había obrado un pequeño milagro, como su tamaño, pero tan grande y sublime como es el de dar vida.

En una sala cercana estaba Dogui acompañado de Bundo. Estaba consciente y ya estaba al corriente de lo ocurrido. Se sentía algo dolorido y las vendas le cubrían gran parte de su peludo cuerpo, salvo donde habían tenido que afeitarle para acceder a sus heridas. Lo que provocó que Bundo hiciera bromas sobre el particular provocando la risa de ambos.

Dogui: Me merezco los chistes que haces sobre mi estado. Ahora me toca sufrir en mis carnes, y nunca mejor dicho, la misma medicina. Pero tienes que darme la razón si te digo que mis bromas son muchísimo mejores – los dos rieron a carcajadas, aunque Dogui reía más hacia dentro porque los dolores que le producía el reír hacía que se reprimiera. – Cambiando de tema, ¿has visto los cachorros de Mati? ¿Crees que Mati se recuperará? – de pronto las risas tornaron a expresiones taciturnas –. Si hay algo o alguien que vigile nuestros actos no puede ser tan cruel y hacer que nuestro esfuerzo haya sido en vano.

Bundo: Pienso como tú, yo tampoco entendería que tu arrojo no tuviera el

premio que se merece. Todavía no he visto a los pequeños, están en una incubadora y no tenemos acceso. Pero hay que ser optimistas. Por lo menos has conseguido que dos pequeños cachorros tengan alguna esperanza. Debes estar muy orgulloso de lo que has hecho, todos lo estamos. Has demostrado que tienes un corazón fuerte y valeroso.

Dogui: Deberías haberme dejado solo, ya los tenía contra las cuerdas. Incluso el que me ha hecho esto, como mi piel es tan dura, seguro que se habrá destrozado la dentadura y estará a base de purés a partir de ahora – las risas volvieron a la sala. – Por cierto, ¿cuándo vais a buscar a Guío? Yo os acompañaría, pero creo que me quedaré por aquí vigilando el fuerte; alguien tiene que quedarse.

En ese momento Fénix entró algo sonriente.

Fénix: Parece que te estás recuperando bien, ¿no es así? – ante el asentimiento de Dogui, prosiguió: –Me alegro. Venía para daros una buena noticia: Mati se ha despertado y todo apunta a que se va a recuperar. Ahora están los veterinarios con ella. También he visto a nuestros cachorros, son más pequeños que mi pezuña pero parece que han empezado a tomar el biberón. Si salen adelante, que saldrán, me gustaría que fuerais sus padrinos; creo que Mati estará de acuerdo conmigo – tanto Dogui como Bundo se pusieron muy contentos por cómo evolucionaban tanto Mati como los pequeños. – Ahora tenemos que preocuparnos por Guío. Bundo, te propongo que salgas a buscarle durante la mañana, y yo iré por la tarde.

Bundo: Gracias por el honor de pensar en mí como padrino de tus pequeñuelos. En cuanto a lo que comentas de ir en busca de Guío, estoy de acuerdo. Quédate con este pesado que no hace más que quejarse de sus nimias heridas – lo dijo guiñando un ojo a Dogui. – ¿Podrás estar sin mí durante un ratito? ¡No llores durante mi ausencia!

*

Bundo volvió sin noticias sobre Guío. La novedad era que Mati ya estaba fuera de peligro. Se había recuperado de forma asombrosa e incluso había pedido algo de comer. Fénix y Bundo después de visitar a sus convalecientes amigos les dejaron descansar, se fueron a comer algo y tomaron el sol en el patio. Bundo le contó por dónde había hecho la ruta de búsqueda para que Fénix, en la salida que tenía previsto hacer, rastreara otras calles. Cuando estaban repasando lo detalles llamaron al portón y, al abrir, sus caras se llenaron de asombro, rabia y tristeza a la vez: un hombre entró portando a Guío. Según comentó lo había hallado oculto detrás de unos cubos de basura en una calle cercana. Estaba inconsciente y con muchísimas magulladuras, mordiscos y zarpazos, y le metieron al quirófano. No podían hacer otra cosa que esperar.

CAPÍTULO 8

Guío llevaba ya tres días inconsciente. A Bundo y a Fénix se les unieron Dogui y Mati, ya muy recuperados. Todos estaban muy preocupados. El hilo de esperanza inicial estaba a punto de romperse dado que la tirantez entre la vida y la muerte haría que en cualquier momento adquiera una tensión inasumible. Debía haber alguien que tiraba fuertemente de él desde el otro lado. Su llamada parecía descomunal y Guío se dejaba llevar sin oponer ninguna resistencia. Incluso creían verle sonreír en ocasiones.

Entonces entraron los familiares del dueño y amigo de Guío. Venían desconsolados dado que su ilusión por que se recuperara de su shock había pasado a segundo término tras encontrarle en aquel estado. Intentaron una y otra vez reanimarle, pero no lo conseguían. Por mucho que le hablaban y gritaban, las evocaciones que recibía de su ex compañero eran las únicas que escuchaba. Sus sentidos se estaban transmutando; ya no prestaban atención a este mundo y empezaban a captar el otro: intangible e irracional.

Fénix: Parece como si no quisiera seguir viviendo, ni lo intenta. Tenemos que prepararnos para lo peor. Lo único bueno es que la expresión de su cara es de paz. Como si se hubiera exculpado y perdonado.

Bundo: Tienes razón Fénix. Como os dije, la rabia que demostró al enfrentarse a aquellos perros nunca la hubiera esperado de él. Creo que no peleó solo contra aquellos perros sino también contra sí mismo, y quiso resarcirse del mal que provocó a su dueño.

Mati: Eso creo que ya nunca lo sabremos. Podemos elucubrar todo lo que queramos, pero lo único cierto es que se va sin remisión. Tenemos que hacernos a la idea; aunque no lo conseguiremos por mucho que lo intentemos. Lo bueno es que parece que no sufre.

Dogui: Por cierto, ya sé que no es el momento, pero tengo una buena noticia. ¿Veis el collar que tengo y del que nunca quise deshacerme? Pues tiene los datos de mis dueños y creo que quieren que vuelva con ellos.

Bundo: ¡Por fin voy a deshacerme de ti! – aunque no era el momento ni el lugar, consiguió sacar una sonrisa a todos. – ¡Fuera de bromas! Me alegro mucho por ti. Parece que, después de todo, a alguno de nosotros le sonríe la vida. Si a eso le sumamos que Mati y Fénix tienen dos pequeños retoños que crecen por momentos, parece que no son solo penas. A mí no hay quien venga a buscarme y no sé si alguien me adoptará, mi raza mestiza no es muy querida. La gente busca a perros con pedigrí, ¡qué le vamos a hacer!

Fénix: No te menosprecies; en cuanto alguien te vea por dentro en lugar de por fuera seguro que se encariña de ti. Es cuestión de paciencia, que como

sabes es mejor que la inteligencia. Lo que hace falta es que alguien tenga la oportunidad de conocerte. Además, nos tienes a nosotros y a tus ahijados que son ahora parte de tu responsabilidad – consiguió que Bundo derramara una gran lágrima de gratitud. – Nunca olvides que somos ya de la familia.

Dogui: Yo, aunque me vaya, insistiré a mis dueños para venir de vez en cuando para haceros una visita. Además, cuando ellos se vayan de vacaciones y no puedan llevarme, en lugar de buscar cualquier sitio para dejarme, les pediré que me traigan aquí, ya que este centro también lo utilizan para eso. ¡No os vais a librar de mí tan fácilmente! Prepararé nuevas bromas de las mías para no perder la costumbre. Ya sabéis que, por mucho que os duela, soy así.

Todos se rieron de nuevo. Estaba claro que Dogui nunca cambiaría, ni querían que lo hiciera. Quizás por ello les llegaba al corazón de esa forma tan inusual y particular. En ese momento Guío emitió un sonido muy peculiar y todos le miraron, parecía como una ligera carcajada. No sabían si era porque había escuchado a Dogui o porque estaba soñando con algo que le había hecho reír. De pronto notaron como su respiración se mostraba agitada hasta que oyeron su última expiración. Todos supieron lo que había sucedido y empezaron a llorar desconsolados. Su amigo les había dejado para irse con su otro amigo, al que tanto añoraba. Su cara, ya sin vida, mostraba alegría y serenidad, como si hubiera encontrado lo que, entre todos, le habían ayudado a encontrar: La Felicidad.

**

Lápiz y la niña no pudieron reprimir las lágrimas, y contagiaron a la madre. Sin decir nada la madre abrazó y besó a la pequeña, y salió muy rápidamente del estudio. La pequeña, desconsolada, no sabía qué hacer. Por un momento pensó en seguir a su madre, la necesitaba en ese momento más que nunca. Aquella historia era muy triste y, aunque había sesgos de alegría, la muerte de Guío la había afectado mucho. Además, no entendía que la felicidad se encontrara tras la muerte: esa palabra tan compleja que su cerebro no alcanzaba a asimilar todavía.

El hecho de nacer y vivir eran algo con lo que estaba familiarizada, pero a su corta edad el concepto de la muerte se le escapaba. Las dudas sobre el qué, el cómo, el porqué, el cuándo o el dónde se acumulaban en su cabecita, y Lápiz tampoco sabía despejarlas.

Pero cuando la pequeña estaba nadando en aquel océano de dudas, su mente las arrinconó de golpe al ver entrar a su madre con dos cachorritos como los de Mati y Fénix. Su expresión cambió de golpe y corrió hacia su madre con una sonrisa de oreja a oreja. Los cogió y los aprisionó contra su cara. Después les dio miles de besos mientras los acariciaba entre las orejas.

Los dos perritos agradecieron la muestra de afecto lamiéndole la cara a la pequeña al unísono.

La madre parece que le tenía preparada aquella sorpresa para ese momento tan delicado y triste. Animó a su hija para que les pusiera un nombre y ésta, tras pensarlo un momento dijo: ‘Fénix y Guía’. Su madre le preguntó por qué había elegido aquellos nombres a lo que la niña dijo sin dudar: ‘Fénix para que nos cure cuando estemos malitos. Y Guía para que… si me pierdo, me traiga de vuelta a casa’.

Su madre no pudo reprimir una gran sonrisa. Estaba muy orgullosa de su hija que crecía más rápidamente de lo que ella esperaba. Después la abrazó y la besó con todo su cariño, sin olvidarse de los nuevos miembros de la familia, a los que acarició suavemente.

30 CENTÍMETROS (VI)

Pasaron varios días y Lápiz estaba contentísimo al ver a la niña disfrutar con los dos cachorros. Su casa disponía de una gran parcela donde les habían construido una casita. A través de la ventana podía verlos y oír sus diminutos ladridos junto a las risas de la pequeña cuando jugaban juntos fuera. La madre también sonreía mirándoles durante las pausas que hacía para apartarse de su ordenador y despejar la cabeza. Durante una de esas pausas llamó a su hija para que viniera a escuchar la parte final del cuento:

EPÍLOGO

Aquella mañana las nubes contagiaron los corazones de los allí presentes. Las gotas de lluvia se mezclaron con las lágrimas vertidas por casi todos, incluyendo las de los que intentaban disimularlas o reprimirlas. Se cumplía un año desde el trágico día en el que Guío dejara aquel mundo y se transfiriera, nadie sabe cómo, al otro. Si bien un cachito de él residiría siempre en ellos.

“Algo o alguien no deja de existir hasta que no se consume el último atisbo de recuerdo que permanece en las mentes y en los corazones de los que tuvieron algún tipo de relación con él.”.

Lo enterraron junto a su antiguo dueño por expreso deseo de los familiares de éste. Ahora la escultura que presidía aquella tumba recreaba fielmente a nivel físico y terreno a quienes allí reposaban. Guío se habría colmado de felicidad reencontrándose con su amo. Allí se guiarían el uno al otro aunque no fuera necesario, dado que donde ahora se hallaban no necesitarían ojos

para mirar.

Dogui, por su parte, tenía mucho que agradecer a sus dueños. Se sentía muy feliz al haberle permitido volver a lo que él consideraba como su hogar. Además, no había perdido el contacto ni con Bundo, al que se seguía sintiendo muy unido, ni con el resto. Les visitaba de vez en cuando e incluso pasaba varias temporadas con ellos cuando sus dueños tenían que hacer algún viaje de trabajo o de placer y él no podía acompañarlos. Su humor seguía intacto y las bromas no faltaban.

Bundo había conseguido su propia familia. Había hecho gala de su experiencia y el saber tratar al resto de animales, ganándose la confianza de los veterinarios y amigos humanos del centro. Éstos habían sabido ver en él a un compañero fiel. Después de tantos años aciagos se sentía un perro útil y muy dichoso.

Por su parte Mati y Fénix estaban rebosantes de felicidad; además de ver cómo día a día sus pequeños cachorros iban creciendo sin secuelas, se sumaba el hecho de que una familia les había adoptado al completo. A Fénix le encantaba la casa y los miembros de su nuevo hogar adoptivo. Tenían dos niños, lo que hacía que no se aburriera en absoluto. Atrás habían quedado aquellos momentos de espera continua a los que se veía obligado con sus anteriores dueños. A Mati aquella familia le trataba como lo que era: una perrita. Lo único que seguía conservando era su lazo rosa, pero por pura coquetería.

Y qué decir de los dos nuevos miembros de la familia. Ellos crecieron rodeados de cariño y buenos sentimientos, los de sus progenitores y los de sus padrinos a los que adoraban. ¡Qué más querían!

Estaba claro que la felicidad no se consigue por ser ni más fuerte ni más grande. El único tamaño que importa es el del corazón. Para quién quiera saber sus medidas: el de ellos superaba los 30 centímetros.

FIN Y Fin

¿Con qué tinta se escribe cada momento de una vida?

